

Zona de tolerancia

Benito Yrady



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN CONTINENTES

Zona de tolerancia

Benito Yrady

Zona de tolerancia



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición Universidad de los Andes, Mérida, 1978

1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2019

Zona de tolerancia

© Benito Yrady, 2019

DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO:

Armando Rodríguez

IMAGEN DE PORTADA

Paisaje con locomotora (fragmento), 1942

Armando Reverón

Óleo, carboncillo y pigmento diluible en agua sobre tela

61,5 x 93,5 cm.

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2019

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2019001527

ISBN 978-980-01-2095-8

Prólogo a la primera edición

Conocí a Benito Yrady en su doble condición de escritor que promueve la cultura y de promotor cultural que va sumando una intensa obra narrativa. Y nada más propicio que esta dualidad que a fin de cuentas se resuelve en la unidad de la jerarquía intelectual y estética. Es algo así como no solo mostrar la palabra labrada sino también difundirla, es como no quedarse en hacer el libro sino además regarlo a partir de las manos aptas para escribir y para sembrar.

Y esa fue la primera impresión. Venía de las tierras orientales hablando una lengua que comprendo: la sensibilidad de lo popular en la línea del pensamiento culto, inconforme, creador. Su ánimo hacedor me impulsó a seguirlo en sus incesantes proyectos de cultura para las gentes y los caminos del oriente; su constancia serena y callada en la continuidad de una producción narrativa de tono personal, me llevó a observar de cerca su tránsito literario.

Después supe que Yrady, nacido en El Tigre (1951) y vecindado en Cumaná, ya tenía en su haber cuentos publicados

en periódicos y revistas, que fui leyendo en irregular y revelador proceso de contacto. Y así fue hasta que en noviembre de 1977 José González, el diligente director de la Casa de la Cultura Simón Rodríguez de El Tigre, tuvo el gesto amable de invitarme a ser jurado en el concurso de cuentos auspiciado por esa institución. Agradecí esa designación porque me dio la oportunidad de compartir con los colegas Oscar Guaramoto y Efraín Subero la aventura de una apreciación narrativa, y en especial porque tuve la alta satisfacción de que el relato escogido por unánime disposición desde el primer momento fue «Plaza mayor», de Benito Yrady. Me complació en especial ver que aquel tranquilo y tesonero hombre de letras y de cultura proseguía en su ruta narrativa, ascendiendo en el vuelo imaginativo, apretando la expresión eficaz, apoyándose en su especial capacidad de sugerencia.

Pero es ahora cuando ocurre el refrendo de compromiso y de capacidad: Benito Yrady llega con un libro de cuentos, con este libro, *Zona de tolerancia*, que sale a luz pública gracias al auspicio siempre generoso de la Universidad de los Andes, y que uno se pregunta cómo pudo el autor hacerle tiempo junto a sus actividades de extensión universitaria en la Universidad de Oriente, su trabajo en talleres literarios y a su intensa gestión como coordinador de *Racha*, su página cultural en el diario *Provincia* de Cumaná. Viene, entonces, con su bloque de cuartillas bajo el brazo y me propone que haga unas notas que acompañen la publicación. Un gesto hermoso que lleva por delante mi agradecimiento, mientras me pongo a pensar que más recibo de esta forma de lo que puedo brindar, consolidando esta impresión mientras me incorporaba al mundo propio de estos relatos de revelación y ahora cuando sigo estas líneas que no son pórtico sino contingencia de afinidad y de solidaridad que se enaltecen al manifestarse.

Zona de tolerancia se perfila en su condición peculiar de colección de una rara y difícil especie: el relato breve, brevísimo a veces. Quien lo ha intentado conoce sus rigores y complejidades; quien lo ha estudiado sabe del escaso cultivo que se le ha brindado. En este caso son narraciones cortas, cuadros de atmósfera individual y social, pero no una atmósfera reflexiva sino accional: los hechos impactan en su dinámica independiente e imponen respuestas que nunca alcanzan la estabilidad de la solución y generan nuevas interrogantes y afirmaciones provisionales que no encuentran pie firme, en una suerte de angustia dinámica. Sugerencia poética, sabor de apólogo, palabra cotidiana de ternura o de ofensa, conforman el sustento para el asunto unificador: campos del petróleo, rutas del mar, violencia del pasado próximo (presente al alcance de la mano) en la explosión del cambio ambiental, en la fundación de sindicatos, en las vidas trasegadas y reprimidas por la acritud de cada día o por el fantasma de la persecución de turno. ¿Mundo trágico? Sí, pero por igual mundo de realismo elíptico, de impacto, de profundidad que surge progresivamente después de la lectura, con amargo sabor de boca y reiteración en los ojos. Es difícil no llevarse consigo relatos como «Cleto de Dios», «Plaza mayor», «Para nombrar una mujer» y «Tarantín», equilibrado este último, excelente hasta en la conjunción del ordenamiento convencional y de la libre fluidez sin puntuación que predomina en la mayoría de los cuentos.

Sabanas de Monagas y de Anzoátegui, aires de Sucre, perfiles de Guayana, hombres de Margarita que timonean los mares y los taladros petroleros: un ámbito preciso con sus modismos expresivos, sus malas palabras para la ira y la bondad; con sus hechos de muerte, de mutilación, de despojo de la vida o de la esperanza; con sus pueblos inestables y su trabajo duro y malagradecido; con sus signos

de discriminación racial y económica, en connivencia con la persecución política a veces grotescamente disfrazada de página roja; con su hermandad esencial a nivel de los iguales; con la fuerza y la variación del encuentro erótico, de la comunión sexual cíclica y casual, en una suerte de retoma de impulso vital. De pronto el símbolo poético asume la dirección de los vientos: «trillas abiertas en tierra yaciente atravesada de principio a fin por fuego de acero», «las aguas del delirio, envenenadas, al borde de las llamas» («Zona sur»); otras veces el salto en la historia con la magistral pincelada descriptiva, cinematográfica, plástica: «fantasma de barco con indias de servicio y esclavos, bestias y provisiones, la nave oceánica de horca y garrote con tripulación a tierra para espiar entre cardonales», «sobre tafetán negro dos espadas rojas cruzadas, misa mayor y salva de arcabuces en La Asunción de la Santísima Virgen» («Plaza mayor»).

La enumeración caótica se incorpora a la trenza anecdótica y se va alineando hasta sumar sentido y vigor. Lo narrativo salta en la dinámica del monólogo, del diálogo (a veces sin interlocutor aparente), del lenguaje que rebota en la conciencia, en las paredes del cuartucho, en la dimensión onrada de la sabana, en los cauces misteriosos, infinitos, del mar, y retorna sobre cada quien (personaje, lector) con ahínco, con remordimientos, con tenazas de memoria. He allí una forma singular de estar siempre al habla consigo mismo sin desatender a los demás y a las cosas del contorno dramático lanzado en los rieles de la alienación: así, lo natural de un sistema recibe su verdadero rostro de tragedia cotidiana y de señal en la historia infamante.

Vaticinar es siempre tarea riesgosa. Aunque, como en este caso, cuando el vaticinio se funda en la muestría dada con fuerza evidente, deja su perfil profético para hacerse prospección. De otra parte, por razones de estilo, nunca suena bien el

elogio fácil y excesivo. Pero no cabe duda de que la circunstancia merece y autentica la definición: con este libro surge un nuevo y notable cuentista, narrador de alto proyecto, relativista de la sugerencia y del buen gusto siempre alerta.

Decía José Fabbiani Ruiz: «El cesto y la gaveta son de los amigos más consecuentes y leales del escritor». Y no hay dudas al respecto. El ejercicio y la selección exigente son los caminos para el paciente hacerse de una personalidad estética. Rigor y pulso creador que muestran estos cuentos de Benito Yrady integrados en el presente libro: suma del talento, la mano y la paciencia; una nueva identidad diferenciada en los mundos propios de la prosa poética, simbólica y vigorosa.

Nunca mis palabras se acercarán al pleno disfrute que reserva la lectura de estos relatos. Llegar a ellos es tarea de pródiga recompensa. Vayamos a su encuentro.

GUSTAVO LUIS CARRERA

Aquella tarde en la escritura de Benito Yrady

Nunca entendí esa privación, ese prolongado mutismo de una escritura que había comenzado a vivir en Calabozo el día mismo de su nombramiento cuando la justa literaria del Daniel Mendoza la distinguiera entre el alijo de los manuscritos sometidos al ojo calificador, hace ya más de cuarenta años, en alguna sala del caserón que habitara Francisco Lazo Martí mientras el río Guárico se retardaba en la contención de su curso para nutrir la represa que mojará el verdísimo pasto del arroz y diera proliferación al cuerno de la res para la buena pro de la ganancia regional, como si tan largo beneficio acompañara asimismo año tras año al progreso de las artes del verso y de la prosa entre nosotros.

Ya no recuerdo el momento en que fuera pronunciado el nombre del elegido al final de la contienda, pero sí la lluvia que asistía puntual a la estación de los aguaceros de los solsticios y los equinoccios. Tampoco logro retener en mi sien, como quiere Proust, el rostro y la voz de Benito Yrady, ni

si era él o su ilusión los que buscan hoy su semblanza y su confianza en el recuerdo, esa memoria del corazón a que fuera fiel el asfixiado escritor de *En busca del tiempo perdido*. Lo que me acompaña por siempre es aquel apellido pronunciado a mitad de chubasco y atemperado calor a la espera de amistarme con la sentencia baudeleriana que me incluía entre los desocupados lectores y el ocio fecundo.

Entonces sobrevino el destino, su incógnita, su enigma, mejor, y ya no sé cuándo hube de darme a la frecuentación del autor de *Zona de tolerancia* mientras el país nos asignaba lugar y tiempo en el devenir de las letras y en el achaque que exige a quien determina inclinarse sobre la hoja árida del papel y aguarda, como advierte Rosewics, la siempre retardada visita de una reflexión, una metáfora o el «había una vez» del oficio silencioso de la escritura.

El país limitaba en aquellos años por el norte entre Puente Nuevo y Puerto Escondido, a la orilla de una quebrada caraqueña, donde trajinaba el periódico de Otero Silva, y por el poniente con la calle donde Alfredo Armas Alfonzo cumplía memorable diligencia en la Dirección de Cultura de la cumanesa Universidad de Oriente.

Tampoco creo que nunca cruzáramos camino alguno en nuestras vidas. O no así, como ahora, a tantos olvidos de la común y azarosa existencia para devolverme con Benito hasta aquella tarde calaboceña en que naciera dentro de mí su nombre y el tiempo que pretendemos convertir en cotidiana desmesura, ya sea como ansiedad en el logro de detener «lo huidizo y permanente» (que la poesía de Juan Sánchez Peláez nomina caracol) a la averiguación oculta, a la búsqueda del esplendor verbal, al hallazgo de lo que no sabemos pero es misterico en tanto la frente y la mano trazan un rastro, una marca del idioma sobre la página que el hombre que lo aco-

mete se atreve a llamar idea, poema o anécdota. Nos tocaba —o nos lo asigna el no sé qué del santo castellano— rehilar por caminos próximos y distantes lo que es reclamo de labor contumaz en la búsqueda de una tierra que atrase el egoísta entretenimiento de inventarle formas a los pensamientos y las emociones y halle y transcriba aquello que lo humano común e indistinto conserva y da semblanza al espíritu, si no al alma antigua, lejana, ancestral.

Huelga decir que en Benito el susodicho reclamo advino entrega larga y bastante en la manera de imaginar y ritualizar los veranos y los inviernos de la inmemorial fantasía colectiva no más concluyera el último texto de *Zona de tolerancia*, donde, como en «Para nombrar una mujer», el personaje, o más bien su voz, deja «Bolívar entre el griterío de sirenas y la furgoneta perdiéndose con el pájaro».

Sé que de esta guisa me apropio de la frase que extrajera Juan Liscano de las postrimerías del texto que digo, porque me da contento compartir junto al añorado escritor el logro maestro de su autor al decirle adiós largamente al relato y a su obra. Solo desconocía cómo esa lectura de los doce relatos del libro anunciaría, incomprensiblemente, el prolongado e insensato mutismo que habría de amordazar la prolongación de un destino literario para infelicidad de sus lectores.

Me costó sobremanera —y todavía me ocurre— entender tamaño distanciamiento. Cómo no sentirlo, después de transitar la lectura de la obra solitaria donde entre el pasto bravo del chigüire, el lomo descarnado de Guanipa («la raíz primera del Orinoco», sostiene Armas Alfonzo), el mechurrio entre los nidos de la tórtola, el excremento del diablo manchado con sangre de hombre y las criaturas que se empujan entre sí para que uno las oiga gemir o gritar, ora como ser de tierra y pastizal, el cuarto que nos confina por dentro y por fuera, ora como ajeteo del

pescador se muda en un nadie con la escarbadura del taladro, el tufo a baba negra y a mierda de asfalto.

Cómo no sentirlo, repito, en este instante, asendereados que andamos por una lengua ruda, llena de adverbios como zarza, menos escrita que roída por el mediodía, el hueco de los balancines, sobre la que alguien confunde con el ardimiento de la tierra asolada por los hierros de la compañía de los místicas rubios de la Standard Oil y dolida por el vivir del asalariado, sin más medra que no sea la del acezante murmullo del monólogo, a veces interrumpido, de pronto atragantado por el secreto, al borde de una superficie de ahogado, porque nos detiene no solo el goce del disfrute del arte narrativo sino la lectura de una región tendida, hedionda a cabria y válvula con la víscera abierta, desventrada por las tuberías, el vómito del mechuzo y el gasoil, la tristeza, la mirada, la soledad del respiro y el uso de la ropa mugre, dentro o fuera de sí, sobre el lomo quemado de sol y la válvula de escape, la casa hirsuta y promiscua y la cama del mortificado y del amor a crédito y al contado.

Es el oriente, el atardecer que de ese modo así de llama, desde que comienza el libro hasta Cantaura, hasta El Tigre y suena el pajonal reseco del crótalo de la cascabel o el entrabamiento amoroso, de nuevo ahí página a página, enjuta o apenas a vuelta de hoja, sin punto y aparte, como exige el monólogo interior, hace más de cuarenta años cuando la Universidad de los Andes y el dibujo del hombre desollado de Emiro Lobo cedieran *Zona de tolerancia* a los lectores y a Venezuela.

No voy a deletrear la meditación y valoración que dispensaran escritores de harto valimiento a la obra íngnima de Benito, cuyas confidencias acompañan esta reedición de Monte Ávila Editores, pero sí privilegiaré los calificativos con

los que suscriben su permanencia imborrable en la cuentística nacional y en su *pathos* social y existencial, interpenetrados, en admirable inteligencia, por la escritura y su materia en un juntamiento casi imposible de separar como que su estilo narrativo y su asunto se asemejan de tal modo que uno se atreve a suponer que solo un lector de poesía descubriría la intraescritura que transcurre en un relato como «El tarantín», el cual comienza como termina, tal un embrujo, con la aparición de un caballo que de pronto pierde su apariencia como forma y prefiguración de muerte y transfiguración humanas.

Lo que llevo dicho es —a lo mejor— propósito deliberado de justificar el silencio, el largo silencio que le ha impuesto Benito a sus dones de escritor (interrumpido recientemente por crónicas de periódico sobre seres y lugares preteridos), y tal vez mi mejor aliado para cederle viático a este derrotero que ha enrumbado mi amigo hacia su destino sea mi encuentro con Alfredo Armas Alfonzo entre los comentarios que acompañan esta edición. El incomparable inventor de *El osario de Dios* supo desde antes, durante y después de que Benito Yrady fuera escritor para sí y para la literatura venezolana, alguien entregado al ser colectivo nacional. «Brillante escritor retraído», lo adjetiva Armas Alfonzo y celebra (lo celebraba ya en 1989) «ese casi contumaz amor suyo por las voces de tanta resonancia de tierra y multitud».

Tengo para mí que esta celebración sentimental, esta purísima justicia concedida a una vida entregada a los celadores de nuestra memoria colectiva, bastan si no para justificar, al menos para entender el distanciamiento de un escritor con su labor creadora. Él ha desdeñado (o tal vez postergado) la orfandad que manda profesar el quehacer de la escritura a quien a ella se ofrece por preferir irse a buscar a ese país del canto, el decir, el rito y husmear —Armas Alfonzo *dixit*—

donde aparece una comparsa, una mojiganga, donde se extingue una vieja canción de un negro esclavo, pocas veces oída y preservada, donde se apagan las últimas notas de una bandola y de un cuatro todavía con resina de magias ancestrales, donde se guarecen los postreros vestigios de una venezolanidad substantivamente auténtica.

Hace unos minutos yo me quejaba de haberme distanciado del destino de Benito Yrady. Es verdad que tal distancia tardó en volvernos a encontrar, pero la *buona fortuna* que invocara Ungaretti me regresó de esa lejanía y me hallé de nuevo con el escritor que nunca había dejado de serlo: el que difundía, desde hace más de cuarenta años, primero allá en oriente, más tarde en Ciudad Bolívar y ahora desde el Centro de la Diversidad Cultural, el imaginario indistinto del pueblo venezolano. Juntos hemos celebrado los seis patrimonios universales concedidos por la Unesco que su tenaz empeño ha conquistado para todos nosotros y la tierra entera.

Jankelevitch, el célebre filósofo francés, afirma que todo el que lee poesía es un poeta. Benito Yrady lo es, no solo por haber hecho posible la prosa narrativa, su *Zona de tolerancia*, sino por ir a buscarla en los otros, en el común, entre sus verdaderos creadores, los del canto, la danza, el gesto, el decir, la artesanía y el hombre, sin más nombramiento que el de ser de todos y de ninguno, como el alma del mundo.

LUIS ALBERTO CRESPO

A Arnaldo Acosta Bello

Zona nigromántica

aquí se llega después de enlazar carga con todas las estrellas de la noche remontando el orinoco entre silbatos y sacudidas de retiro metiéndose uno por el caño pedernales hasta encontrarse con la boca del tigre sitio domesticado limpio de ciénagas en una corriente particular que empuja directo al costado del llano sin advertir señas en la orilla próxima de estaciones petroleras hierro colado y ruedas que se muerden bajo la mirada odiosa de americanos allanando mesa con las trampas de acero que armé hasta hundir mi cuerpo en la prisión de estas muletas.

Cleto de Dios¹

«...y esa negra dando vueltas sobre el piso² la casa con una botellita con un mechuzo e gasoi y esa mujer había tumbao esa vaina y eso era una oscurana y la mujer negra también...» así la acomodaste y te nació la muchacha. Eufracia, como aquella partera que te cargaba desde chiquito. Ahora eres tú quien partea en todos estos campos en Las Bombitas en Santa Rosa en Los Algarrobos en Chive en toda esta sabana llena de ahijados tuyos menos en este lugar sin hembras donde llevamos meses pegados del taladro que descubrimos cuando paramos vuelo en la casa de lona junto a los chaparros a Ruperto y al americano. Completamos veinte el personal y cinco las casas la de Ramón Lozada la de Rosita Guzmán la de Concepción Cuello la de Parra y la de Conchón esperando de mes en mes que aparezca un bongo por entre esos arenales dos burritos con agajes y maras cargando ron cigarro

1 Primer premio del Concurso Literario Daniel Mendoza, Casa de la Cultura de Calabozo, estado Guárico, 1976. Jurado: Salvador Garmendia, Luis Britto García, Oscar Guaramato.

pura pacotilla doce horas de camino por ese banco descabe-
cerando el Guanipa y el Caris. La primera vez una gran fiesta
porque aquel bongo fue de ron nosotros preparamos las casas
tú estabas muy alegre —te acuerdas— bajo de aquel chaparro
grande labraste y se montó la máquina de moler se buscaron
las lonas los cartones los cueros de reses y se acomodaron de
aquí y de allá para ponerle el tarantín a Dolores Tamoy que
era la jefa del bongo y que trajo aquella negra Mariíta de la
que te enamoraste tú y los demás siguiéndote por esa sabana
de fuego en todas direcciones para verlos revolcarse entre
los pajonales. No se gana nada aquí y quién va a reclamar si
aquí manda la compañía y a nadie siquiera se le da permiso
para hacer casas, solamente a los trabajadores con mujer por
eso no entiendo cómo tú hiciste esa cucheta primo Cleto
esa mediagua pegá de la casa de Concepción Cuello encujá
con moriche como todas las casitas con la madera que trae el
viejo Hidalgo en carro'e buey esa cucheta para desembocar
en tus tiempos de contramaestre con tu equipaje de piedras
que nunca era suficiente cuando salían juntos los barcos
de tu isla el viejo al timón y tú en la escota atiesando las
velas halándolas con exactitud sin aflojarlas demasiado con
la misma curiosidad para tumbar los récords de perforación
regateabas eras un tigre para eso, no dormías regateando con
otro barco, una balandra podía oscurecer adelante pero ama-
necía atrás porque en la noche eso eras tú lastrando el barco,
corre para allá y para acá y pon el peso aquí y al otro lado,
en su puesto la carga porque los barcos del Valle de Pedro
González eran los que más caminaban «barco del Valle que
se juntara con otro lo echaba para atrás en la navegación
donde lo encontrara» tú te criaste en esa vaina se navegaba a
pura vela que tú mismo te encantabas haciendo, escandalosa
foque trinquetilla mayor de palo a palo a puro pulso y aguja
aguja y empuje, cuatro piezas de lona para todas las velas y

la vela de estay subiendo y bajando en un bordeleo; cogías la brusca a lo largo de la botavara seis ocho y seis ocho diez de cangreja igual y te perdías para la salina a cortar tus velas midiendo por aquí y por allá la forma debajo del alambre y plantando exactamente con la brusca en madrugadas de luz de carburo hilo y aguja rueda y hollados para meter la faja de riso. Aprendiste con el viejo que las hacía firmes como una tabla y con él anduviste toda la vida viéndolo al timón hasta los dieciséis años cuando te entregaron *El Cóndor* para ponerlo plumito. Venían desde la Guaira cargados de flete en la *Josefa Medarda* llegaron a Cumaná en la tarde y en la noche *El Cóndor* la balandra más bella que compraron los Rodulfo. Cuando saltaste de a bordo lloraste y llorabas cuando salías para el golfo, como siempre andabas con él con el olor de su tabaco, te costó trabajo dejarlo al viejo pero a la marcha te hiciste gran jefe y se apostaban a ver quién llegaba primero de Margarita a La Guaira y tú a veces tres días y tres noches en *El Cóndor* sin darle el timón a nadie parado sin dormir con los pies hinchados y comiendo en tus manos y así a Maracaibo y a los caños a todas partes Curazao Aruba Puerto Rico y el Mar Caribe encogiéndose para ti, de nuevo los caños y el lago donde no te costó trabajo subirte al taladro porque hay que tener brío para estar a cien pies de altura metiendo y sacando tubos entre la vaga y la dovera por diez bolívares diarios que ahora en esta sabana pelada no ganas porque aquí no hay riesgo de caerse al agua, como encuellador te pagan un bolívar más que al fogonero por estar solo arriba con esa tubería de aceite poniendo doce parejas en arrume llevándolas vivo a pulso doce de seis pulgadas en arrume una patada a un tubo de estos y lo cruzas lejos porque tienes la fuerza del tigre de mar y quién de la isla tiene miedo a montar esas máquinas a pleno sol sin días de descanso de siete de la mañana a tres de la tarde o en cualquier guardia

de once de la noche a siete de la mañana sin perder tiempo, no se puede parar, en la caldera unos en el croche otros en el carrito jalando y apretando tubos o metiendo cuñas simplemente pegando tubería —te acuerdas— en el lago eso era hileras de taladros y cómo se ahogaba tanta gente pegando tubos dentro del agua porque no habían rellenado todavía y los campos estaban dentro del agua como las casas de los indios hechas de mapora fijadas sobre el lago nosotros de lado arriba de la choza en la gabarra, la casa flotante de tres pisos donde estaba *La Lago* y éramos quince cinco para cada guardia y eso era taladro como velas *La Lago* trabajaba por la orillita y *La Golfo* por el centro, cada una tenía su línea eso era carrileras de taladro como calles, hasta cuatro pozos se perforaban con una sola estación de caldera puesta sobre las catorce brazadas de hondo de la orilla, brava cuando había temporales de taladros caídos que parábamos ahí mismo, el martillo clavaba pilotes de aquí y de allá las cuadrillas hacían las planchadas y sobre las planchadas parábamos nuevamente el taladro y pura gente de la isla aquellos acomodando taladros, parando taladros sin aflojar, perforando cinco mil pies y más como en este número uno, sacando muestras, suabeándolo suabeándolo empujando ese suabo guaya adentro y parando porque estos americanos cada vez que aparece un camión que no sea de la compañía mandan a parar el muestreo, desde que se metió el primer tubo es muestra y yo estoy seguro Cleto que este taladro está reventao que tiene una producción muy grande, desde que mister Rober nos dijo en la guardia de once que trancara las válvulas se me puso porque apenas las toqué sentí que esas válvulas de la producción se me estremecieron temblaban eso chirreaba adentro, era como una presión de agua así plum plum plum que no encontraba salida y esa producción está alta y eso lo sabemos nosotros desde Maracaibo porque todo el tiempo trabajando

y pegando válvula y bregando con todo pozo, no lo vamos a saber, con razón el americano ese nos dice que ya no hay más trabajo como si nosotros no nos fuéramos a enterar; como si no supiéramos que eso va a volar que esas válvulas no aguantan porque son de poca presión, qué van a aguantar válvulas de doscientas libras y tú que decías que esos americanos sí eran pendejos creyendo que en este banco'e sabana iban a encontrar petróleo y ahora son ellos los que se ríen de nosotros mandándonos a descansar cuando sabemos que ese pozo no pasa de esta noche sin que empuje bien alto el chorro, pero «ojalá y se reventara toda esa vaina para que esos carajos no crean que nosotros somos bolsas».

Zona sur

Recalamos desnudos a este banco de sabana que se pierde de vista manchado por la extensión de la riqueza en tierra llena de lepra al abandono y al temblor de máquinas con armaduras retorcidas sobre el rastro de tibieza quieta fuera de trillas abiertas en tierra yacente atravesada de principio a fin por fuego de acero removiendo suelo truncado incendiando profundidades precipitando el zumo fétido matizado de antigua sangre para curtir el resplandor de la hierba y envenenar las aguas del delirio que nos arroja al barco en llamas donde nos han esposado de pies y manos.

Plaza mayor¹

Llegamos en una picó número dieciocho marcando la mensura del camino hecho a fuerza de tráfico. Con seis o siete viajes quedaba la pica lista en este banco de paja y arena donde no hay bosques sino horizonte para apuntar las descargas enemigas de un sol enterrándonos vivos mientras damos vueltas y vueltas entre la fiebre amarilla del caserío y la presión brava del gas anunciando furias de volcán y cercados del miedo del primer reventón imaginado en puntas de llamas en un sobresalto donde caería de golpe la torre a devastarlo todo y nos volveríamos inhallables unos y otros sin tiempo de recoger nada cuando la tierra ardiendo apenas nos dejara espacio para la planta de los pies.

Tal día como hoy embarqué en Pampatar la *Cristóbal Colón*, una goleta de dos palos de arboladura y dos maste-

1 Premio Único de la Bienal Literaria Eduardo Sifontes, Casa de la Cultura Simón Rodríguez, El Tigre, estado Anzoátegui, 1978. Jurado: Efraín Subero, Oscar Guaramato, Gustavo Luis Carrera.

leros que guiaba papá, completando la octava salida con siete hombres y un pasajero inválido hablando de la gente que madruga en piraguas, zancos y orejetas cargadas de pesca a flor de mar; yo era aprendiz de ayudante y cocinero de la marinería, costeos de huracán anunciando a gritos la proximidad del puerto después de hincharse en fuego una semana de viaje con viradas por babor y estribor con viradas de avance y viradas redondas para quedar mirando de popa a proa y adelantarnos al día en el sitio de llegada donde no encontramos una sola mujer.

En la inmensidad de este llano es natural el escalofrío escudriñándonos como si nos tuviéramos miedo nosotros mismos. Un estremecimiento en todo el cuerpo con esa idea de tanto tiempo en cada anuncio interrumpido por el deslizamiento de poleas y cadenas. Llámenlo como quieran pero no se puede alejar tanta sospecha si nunca hemos visto brotar nada del fondo de la tierra aparte del agua quietecita de los aljibes envuelta en cielo a cuatro metros de la garrucha y este pozo no es de agua a cinco mil pies de profundidad con un año casi marcando perforando rompiendo piedras taladrando carne y suelo con brocas partiendo y avanzando al mismo tiempo del delirio preparando el control de la maquinaria para adivinar el alcance del estallido cuando sentimos desgranarse medio campo con una fuerza de tormenta por la tierra abierta revolviendo arena aire y gas y truenos en una lluvia sucia anunciada entre sueños con bandas de mariposas al paso reverberante de agosto donde sobrevienen a trote cascacos en arena teñida por un hombre atado cada noche a la cola de un animal.

Yo no conocía esa cordillera de islas, solo me habían llevado a tierra firme; este era mi primer viaje largo —Santa Lucía se llamaba el lugar, atrás quedaba Trinidad—, íbamos de entrada y salida, desde la proa empujaron el ancla de leva,

a fijar goleta para el desembarco de boñiga; la habíamos recogido allá mismo en Pampatar, frente al farallón de ese morro se sacaban cantidades; cuando estuvo todo listo en la tardecita nos preparamos para salir de regreso, nos íbamos del sitio donde según contaban vivía entre las aguas una muchacha de diecisiete años ahogada por un sepulturero enamorado.

Tropiezo desde mi casa con gente a gritos y corre y
fuuuuu fuuuuu fiii fiii

la presión de gas y revienta válvula entre pajonales y corre gente y el tropel del gas hace salir a uno de las casitas sacando ropa y saca y los americanos registrando números y a desocupar el taller de camiones entre el taladro y las calderas sin atravesar mucho trecho en este camino sin piedras donde tampoco hay a quién buscar con tanto estrépito por encima de la noche y a rodar los camiones de pasajeros desconocidos a rodarlos sin hacer caso al diluvio de aceite a sacar esos carros del tinglado para mayor seguridad empujándolos con aliento y firmeza entre arena de resistencia a mitad de sabana giren lejos para no incendiarse entre los gritos y el alboroto de esa explosión debajo de la tierra miren como tiemblan los ranchos y esas válvulas

pum pum pum

todas las de la producción han reventado la de los brazos cuatro cinco cómo vuelan. En medio de la oscuridad escuchamos todos los ruidos pero no nos identificamos tan fácilmente no distinguimos colores. A mí me corren por la cara unas gotas espesas y la voz no me da para aclarar tanta confusión tanta locura en señal de éxito para los americanos llamándonos por todos los nombres del mundo sin encontrar palabras para explicarse para indicarnos de estos disparos y derrames de la noche tan inofensivos como los pájaros alzando vuelo cada mañana desde los chaparrales adonde no

volverán por este chorro de petróleo rociando las casitas y ahuyentándolos a cien kilómetros de distancia.

La Cristóbal Colón siguió viaje hacia Paria, llegaríamos a cargar piedra de yeso en Macuro, única mina de esas costas según decían, el yeso se embarcaba en dirección a Puerto Cabello, eran unas piedras grandes, vidriosas, duras de quebrar; yo me había portado a la altura en el viaje y me dejaron estar al paso con la tripulación, a largar vela de doble costura, escotando, tensando esos puños hacia proa a modo de aprovechar bien el viento; íbamos con la goleta muy equilibrada, ciento ochenta toneladas de piedra puestas en el sitio de carga, reunidas en un cuadrado parecido a mármol con la noche empujando a considerable distancia; llegaríamos a puerto antes de ver despuntar el día, todos brindaron con un ron de contrabando, casi dos semanas de viaje y yo aprendiendo dónde me hubiera gustado alguna vez llegar a capitán de altura y remontarme tan lejos como el viento pudiera y ver el cielo echado a mi frente tocando puertos extranjeros fuera de apariciones sorpresivas a derribar velámenes como esa noche cerrada cuando encontramos el bergantín y nosotros sin luz para diferenciarnos, dos palos, driza con velas enlazadas en la botavara; mis brazos alzando señas cuando el bergantín atrapó la Cristóbal Colón, sin escuchar gritos entreabiertos de tripulantes, sin divisar torneo de viradas de todo tipo, bajando velas, cambiando a otro lado, buscando hacia proa con aquel cordaje enredado entre piedras y palos de la goleta donde toqué por última vez el cuerpo caliente de papá junto al otro barco de tres palos, ligado en velas de remiendo, madera ordinaria de las apariciones de papá en altamar, el Santiago errante de bauprés, velas cuadradas, cangreja y escandalosa; el barco Santiago de General y Almirantazgo, de Capitanes y Sargentos, fantasma de barco con indias de servicio y esclavos, bestias y provisiones, la nave oceánica

de horca y garrote con tripulación a tierra para espiar entre cardonales; sobre tafetán negro dos espadas rojas cruzadas, Misa Mayor y salva de arcabuces en la Asunción de la Santísima Virgen con la hija de Aldonza Manrique tendida en su lecho de Rey de Castilla, de Villandrando muerto, de Jueces y Fiscales ajusticiados, de Frailes decapitados, de Anas Rojas colgadas por el cuello en la villa de una sola fortaleza insuficiente para guardar los prisioneros estrangulados, castigo del cielo por desnudar dagas en la Casa de Dios, lanzas afiladas cubriendo El Morro y Macanao, San Juan y Espíritu Santo, la isla entera poblada de ejércitos y muertes en el guayacán de la Justicia, cadáveres arrojados al mar, Arcas Reales acomodadas al desvelo de caudillos, banderas y estandartes para identificar rebeldías a la llegada auxiliante de Francisco Fajardo en mitad de camino, Francisco Fajardo cargado de brío y acero, subiendo en columnas incinerantes hacia el vecindario, territorio de solares, perlas y ducados, pescadores alzando en hombros sol y mar desde un astillero disimulado en puerto escondido, armadores margariteños labrando madera de botarse al agua, juntando quillas de sostén, buen calado, calafateo en casco de una sola cubierta, trazar Santiagos de nuevas leyendas enterradas en un túmulo donde entraban los ajuares, capas de terciopelo, pasamanos de oro y espadas de plata estampadas con sellos reales, joyas de navegantes cuya matanza entre viajeros habituados al padecimiento ocurrió en un sitio temido desde el cual aparecen condenados al delirio de este único Santiago de no fondear, de siempre barlovento, Santiago de matalotaje interminable buscando amarras, Santiago de sueños tragando todas las distancias oceánicas, arrasando velas, hundiendo barcos, tomando de abordaje la Cristóbal Colón sin divisar torneo de viradas, sin escuchar gritos entreabiertos de tripulantes, sin luz para diferenciarnos, sin hacer caso al diluvio de aceite

sin atravesar mucho trecho en este camino sin piedras sin tiempo de recoger nada cuando la tierra ardiendo apenas nos deja espacio para la planta de los pies sellando este chorro de remolino abandonado penetrando su clima lubricante donde se alteran las señales de reconocimiento cuando un cigarro encendido derriba el cielo y nos sumerge en la saliva rancia del petróleo allanando paja regándose entre hojas y arena barnizando el monte tendido de la oscuridad de blanda troja donde reclinamos la cabeza y percibimos estas miradas de lástima en la inflamación de llama arrastrada en mi piel con aire sofocante a distancia ignorada del Santiago un navegante de capa calada y espada sobre la barandilla de estribor dirigiendo el catalejo entre grandes olas y azote revelado en animal de sueños con un hombre atado a la cola un navegante cruzando el viento cegándome con su adarga siniestra para no responder a quién busca aquí entre tanta ceniza si no recuerda mi nacimiento el parto desbordado en sus propias manos fecundantes si acaso no sabe de su muerte de mi sangre y mi dolor cuando el bergantín peregrino nos asaltó y enredado entre piedras y palos de la goleta toqué por última vez su cuerpo caliente.

Nada para el dolor

Estamos acostumbrados al ruido de papá su tos la bulla de los colgaderos. Es como la cuerda del juguete que se va apagando apagando y sube. A cualquier hora papá se mece y nos despierta para sorprendernos con un envoltorio que puede ser su cuerpo o simplemente un bulto cualquiera flotando en la hamaca de Eugenio como dicen las letras de estambre y mujer tejidas en las randas de hilo toporeño. Las cinco de la mañana se anuncian con los pasos de seguridad de sus botas marronas las americanas que aparecen y desaparecen en cualquier parte de la casa hay tres pares y ninguno nos sirve. Miramos ese taladro como lo fueron parando en un mes primero el cargamento de tubos y suciedad hierros y vapor toneladas metálicas que nadie había visto hasta aquel día en que amanecemos cercados por una guerra de golpes en toda la sabana. La ronda se prendía con la venida del camión de carga pesada abriendo surcos. Media docena de hombres remontando la brisa para ofrecer sus espinazos a las contratas de camino. Los días no se contaban los íbamos descubriendo

con las entradas y salidas de papá en cada guardia o simplemente por el lucerío de fiesta y faena del horario nocturno. La señorita andarina se lucía levantando las piezas enemigas entre un cabrilleo de brazos y espaldas que resbalaban en el redil llevándolo todo hacia adelante sin ventajas en aquel regateo de fantasías donde cada quien esconde el secreto volver a puerto cargado de libras de oro y levantar mostradores en un sitio donde haya botellas y mujeres sin el olor de tuberías de aceite inacabables que miden toda la profundidad de los cálculos apuntados sobre el gran mapa. Descorremos la cortina de guardia en guardia con la ropa justo debajo de la hamaca un pantalón de kaki mugriento la camisa enlodada sobre el casco y de aquí hacia allá una y otra bota en uno de los seis ranchos de moriche que forman bajo la entresombra del taladro el caserío de obreros sin calles sin entradas sin avisos solo con las luces de altura que van de noche más lejos que la señorita como una especie de advertencia seguramente divisada por algún caminante a kilómetros de esta sabana sin atender su significado sin adivinar la imaginación de los aventureros que no saben si es conveniente esperar o retirarse del espectáculo para no ser reconocidos. Procuramos dominar la emoción cuando por primera vez olemos la palma seca que inventa una casa propia donde penetrar. Madera cortada de la orilla del río para encuajar con hombrillos las paredes de moriche que arden como pólvora. Un cigarro basta. Carmen Josefa fue la primera muchacha que vi toda desnuda un lunes principiando la guardia de once que tenía veintiséis años y no tenía mamá que Justo Marcano la rascó y la enamoró con la guitarra y su fama de saber inglés que el cigarro y tal junto a un pote de gasolina que ella vino de bonguera y se quedó que estaba viviendo con el margariteño que en casa era la vaina allá afuera los gritos de papá que tráiganme agua Carmen Josefa tiene un cabello alboro-

tado y el cuerpo aceitoso le cambia de forma con la noche es una campesina fragante que no siente miedo de cruzarse con uno así desnuda huyendo del fogaje que podía prender todo el caserío perolas y agua con el moriche papá defiende la casa y a descolgar la hamaca. El colgadero es una cerda indestructible donde no hay nudos que cortar. Alguien apuesta que vamos a perder en cuerpo y alma. Las formas de Carmen Josefa saltan y crecen entre la llanura y el fuego para ponerlo todo limpio quisiéramos ir donde tenemos escondidas otras historias pero precisamente allí alcanzan las llamas. El motor sigue solo su ronroneo mientras la guardia es salvar los guayquitos en el desorden del viento tiñendo pencas que juegan con los hombres agua al moriche tierra y golpe hasta lograr una lluvia para acudir al próximo percance. En los días de incertidumbre nada se prohíbe no hay que pensar en ruedas desgastadas ni en el peso de tanta magalla ni en el temblor que sacude la planchada más alta cuando el descuido del perforador tuerce el rumbo de la mecha como un desafío al timonero. No hay instantes de sueño en el turno corrido se piden decisiones rápidas el cinturón debe estar bien montado nada de bromas en estos días de plomadas no se permite un mal paso cada quien a su puesto la barra penetrará sin problemas ahora sí hay un ritmo en las veinticuatro horas del día no hay azar ni pérdidas la angustia se aparta o no se trabaja. Nada de extrañezas conocemos toda la mecánica pero yo me retiro porque en cualquier momento de nuevo aquel borbollón de sangre cuando descubrimos a papá sin sus botas marronas desde ciento veinte pies de altura.

Había fabricado también una escalera para subirse a las estrellas¹

primos hermanos primitos hermanos jugaron en el mismo patio la misma comida para los dos el mismo aposento la misma ropa uno del otro y en la calle juntos ¡pideñapas! les decíamos ¡pideñapas! hasta dejar de verlos de la noche a la mañana alargándole pantalón al Chuíto que se hizo el más robusto un catire espigado malo como ninguno fajador en cualquier parte a diferencia de Leo atrás en tamaño y adelantado como el hijo laborioso de Alcides con edad de quince años en la carpintería atiende aquí y allá los hierros en su lugar todo en orden y entreabierto a las curiosidades que le pedían el trono de la reina la cruz del confesionario una perinola para el jefe civil el cofre para las joyas de la abuela y hasta la corona de la virgen que repara milagro cuando un formón resbala y desliza todo el peso de su filo

1 «Había fabricado también una escalera para subirse a las estrellas», Mención de Honor Suplemento *Estría*, Maracay, estado Aragua, 1977. Jurado: Efraín Subero, Oscar Guaramato, Gustavo Luis Carrera.

sobre el brazo envuelto en sangre de Leo con plasmas de sábila y borra de café que detiene el brote sin manchar el bandolín de regalo para Alcides un buen diapason supuesto con su entrestadura de cobre formas de caoba y pino blanco donde trazar a compás la boca y encontrarle curva al aro sellando entre cola y clavo de montar ocho cuerdas de acero para templar el jolgorio entre luces de bengala y el rumor de que está llegando mucha gente a esos sabanales de la mesa de que hay mucho real hasta el día menos creído cuando aparece un camión embarrialado dos hombres vestidos de kaki sucio y un americano parando por cierto en esta calle con Chuíto de primero hablando entre forasteros mal visto como si los conociera desde antes preguntando y contestando con la cuadrilla que no pasaba de cinco total que se entusiasman y esa noche vuelven a reunirse en la esmeralda para salir en la mañanita con Chuíto capitaneándolos ¡a montar taladro! gritaban ¡a montar taladro! y se perdieron sabana adentro buscando las aventuras imaginadas por Leo asustado de andar solo con su silencio sin encontrar a nadie como si no identificara su cuerpo entre el olor fresco de madera traspasando el deseo de torcer rumbo para dejar de escoger entre el cautaro y el palo de cartán donde adelanta su definitiva ocupación de tonelero tres cargas de barril por semana tinas de doscientos litros duelas en fila treinta cuarenta cóncavas al centro mordidas de garlopa sierra de calar ranuras flejes y remaches serrucho y martillo para llenar sus días armando barriles de un trapiche al otro del alambique a las casas por tres bolívares diarios cuando las compañías empezando no pagan menos de cinco en los taladros de a tantas leguas los campamentos con gente que va más allá de los caminos a espiar la soledad que nace en todo el ámbito a juntar números de fin de mundo haciendo escala por cada trecho largo en el mismo lugar sin un alma que pregunte sin

montañas donde esconderse sin descanso a despulgar suerte sobre la tierra poblada de inmigrantes sogas en mano para alcanzar esclavos arremolinados en la extensión del fuego que ha marcado a Leo ahora que lo vemos aparecer sin entrada de camión sin nadie que lo acompañe ni salga a su encuentro llegó en la confusión de la noche como un testigo muy enfermo que huye de cualquier pregunta olfateó seguro el horizonte frecuentado por su única vida y respiró con una lágrima desventurada arrastrándolo en el suelo donde nadie sintió el momento en que penetró su morada de gran orden nadie observó su semblante acabado nadie escuchó sus tropezos entre los aullidos y la fiebre carbonizante nadie supuso que era su lucha el ruido de trabajo aquella sombra buscando sitio en la madera cepillando claveteando prensando entre sus ojos las medidas propicias de este cajón sin pensar que en la ausencia de Alcides ahora tengo que amortajar su cadáver.

Okey boy

la gente se contentaba cada domingo con la hora de verlo pasar primero fue el reloj de un guachimán después siguió con un chinchorro la máquina de afeitar de un americano un pantalón de gabardina planchas de hierro y hasta piezas de radio de la compañía así estuvieron viéndolo durante mucho tiempo y se acostumbraron tanto que llegó a convertirse en un ser querido por todos unas veces pasaba riendo otras bañado en lágrimas cualquiera de las dos situaciones entretenía alguien le tiró piedras una mañana y ocurrió la primera pelea había momentos de encontrarlo jadeante muy cansado entonces solicitaban un mejor trato sabían que no era peligroso y le daban agua y comida cuando llevaba mucho tiempo caminando descalzo frente a las casas donde esperaban espectadores medio desnudos mirando a veces sus propias pertenencias en manos de aquel hombrecito delgado y feo abrochado con la camisa talla mayor que escogía el comisario antes de mandarlo a devolver las cosas que había robado.

Tarantín¹

Era un caballo desconocido que llegaba galopante a despertar el sol, cruzó la aurora a una velocidad inalcanzable y libre de rienda, sin jinete, bordeó a la redonda todo el espacio de la planchada. Era un caballo blanco, crines verdosas y una faja de igual color marcada en la grupa. Una elegancia de caballo rematada en una cabeza sin bridas con una altura de hombre donde no hay nada que cinchar, una aparición de caballo sin relinchos ni fatiga adornando la hierba húmeda de la mañana entre la cabria imantada y el caserío a esa hora con un solo espectador gritando desde abajo ¡un caballo, un caballo!, el vigilante de turno que sigue gritando y mira enloquecido la belleza del animal que atraviesa el monte y se aparece como de regreso, como si este fuera un sitio habitado por él desde antes, como si viniera de una batalla queriendo

1 Primer premio del Concurso Literario Araya. Diario *La Región*, Cumaná, estado Sucre, 1977. Jurado: Alfredo Armas Alfonzo, Héctor Mujica, Oscar Guaramato.

indicar su alegría victoriosa con un olor que perfuma toda la sabana y se siente en el mismo encuelladero amartillado en la punta del taladro. Era un olor conocido que despertó a todo el mundo rondando desde antes la brisa grosera de esos días; un olor clavado más allá de catres y hamacas, que anduvo de mano en mano y llegó a las bocas sorprendidas cuando se descubre idéntico sueño el de aquella noche, fue el mismo caballo en todas las casas, en los grandes y en los chiquitos el mismo caballo con el mismo olor que no es de lluvia ni de sol, que no es de aceite ni de paja, es un olor del recuerdo, el gustoso olor de menta y azúcar que aparecía con Amín cada tarde entre meriendas y pregones. Amín llegaría arrasando arena unos meses después de reventar el pozo, fue el primer turco cargado de mercancías y misterio en un cajón revestido de figuras donde entraban mujeres en sostén y hombres con sombreros de todo tipo. Cargaba botones y agujas de coser, peines y tijeras, perfumes, trozos de tela y medias, camisas y franelas con dibujos. Armó como pudo un rancho y montó su tarantín multiplicando los cajones y las novedades en un sitio más decente donde se penetraba en cualquier momento sin fumar porque dentro del moriche seco, decía Amín, no se fuma. Cuando menos se esperaba dejó el hombre su actividad de tarantinero y salió por meses con su carga de comerciante, al regreso vino la buena noticia de verdes animalitos con sabor a menta y caramelo adornando el rebullicio de la gente. Amín trajo las herramientas para comenzar su nuevo trabajo de confitero apresado entre barreras y la estridencia de un auge desconocido por los creyentes que se conformaban con una sola calle saltando a la vista, que no era calle ninguna que era pica de paja seca, arena y cadillos, donde no se podía ni siquiera pasear porque las culebras son venenosas y no avisan. Amín que siempre miraba debajo del catre no tuvo tiempo de adivinar el sonido bajito de maracas escu-

rriéndole la fuerza de una sola mordedura desaparecida en su cuerpo después de tres días enteramente muerto con una podredumbre de años espantando gente y llamando zamuros que se ahuyentan por fin cuando la primera cruz marca el cementerio en arenalones distanciados del taladro. Aquel hombre que silbaba tan fuerte a pleno día, no tuvo tiempo de poner en orden las cartas de cada mes al horizonte que lo llamaba con toda su fortuna, semejanza de caballo blanco que da vueltas desde lejos y huye, despierta y regresa agitando misteriosamente el aire para volar al sitio de trabajo donde tanta interrogante hace descubrir que a veces la llanura tiene forma de mano, cuando se sienten saltos de niños enredados en tanta inmensidad que se mueve como si fuera un mar de paja meciendo la noche para dormir los aposentos habitados por obreros y guardianes reducidos a nada, esperando un viernes de concilio para desenterrar el cofre con dinero en el sitio exacto del caballo alzando dos patas antes de transformarse en una luz azul que ya todo el mundo ha visto.

La casa de lona

Yo le dije:

¡Usted no se mueva de allí, no resuelle tan fuerte que se pueden dar cuenta, no intente asomarse y quédese quietecito como si nada!

No sé qué lo separaba de la muerte, era puro hueso y susto, un temblor y una fatiga imposible de suspender. Era un hombre enterrado en vida, un muchacho de veintiséis años que no se le notaban por lo raquítrico y la barba que le escondía la herida del ojo derecho por donde ya no miraba tanto espanto disfrazado de guerrero, tantos guardias para vigilarlo, para descubrir cómo pudo escaparse del campamento de presos que vi un día a cuarenta horas de camino, lo vi de lejos, unos hombrecitos alzando pico contra la tierra, abriendo carreteras, los estudiantes regados con látigos en la espalda custodiada cada dos metros por un verdugo armado de rabia entre el olor desagradable de la fiebre exterminante azotando los presos y el ruido lejano de camiones que pasan hacia el taladro. El muchacho me llamó con una

voz desesperada y comenzó a llorar cuando lo toqué devorado en fiebre con un temblor que le iba llegando por todas partes cortándole la respiración.

Yo le dije:

¡Usted tranquilícese que puede llamar la atención, trate de descansar más bien y tápese con estos trapos mientras invento cómo bajarle la fiebre!

Y el muchacho cae al suelo por encima del sueño que ha vagado con él quién sabe cuántas leguas, se acomoda encogiéndose entre sus dientes y desenvuelve sin miedo el paquete donde trae un cuchillo oxidado, terroso todavía picado del tiempo dolorido que ahora se retiene en la mano buscando batalla. Filo de cuchillo repasado donde brilla una manada de cabezas reconocidas. El muchacho llena mi casa con su pensamiento, registra de arriba abajo; hace hervir la arena cuando se abre paso entre latidos subterráneos y asciende en breve momento de locura.

Yo le dije:

¡No salga!

Y el aire se puso amargo de tanta puntería sobre su cuerpo tendido junto a la casa de lona.

A mengua

qué juanjose ni qué nada yo que estaba detrás del poste de madera con la china la estiré bien y apunté el primer chinazo se lo metí en el casco y sonó pero el segundo fue en la pataè la oreja y yo no sé qué color vería pero te soltó y ahí llamaste a juanjose que salió en guardacamisa y lo cogió por la hebilla de la correa y lo alzó y lo recostó en la pared y quién sabe qué le haría y el hombre gritaba suélteme coño suélteme que yo no voy a pelear con usted y juanjose diciéndole de todo y tú llorando te fuiste a meter en la casa de marcolina que alborotó a todo el mundo y yo escuchaba cuando le decían a juanjose déjelo no le vaya a pegar déjelo que está borracho total que lo empujaron por última vez y se perdió por esa sabana tropezando con la brisa refunfuñando hasta que sonó la sirena y juanjose se fue rapidito para la casa porque era el cambio de guardia y salió con la ropa de kaki manchada de tanto acomodar tubo en ese taladro los guantes y la bolsa con la cuestión del sindicato juanjose se metió ahí desde que empezaron a botar trabajadores se reúne en la casa con el

señor tulio cheché y el negro isidro yo los oigo cuando discuten y hablan y hablan y dicen de ir a buscar material y van de dos a dos meses dan sus viajes y regresan cargados de la propaganda que juanjosé tiene en el cuarto donde dormía paíto así fue como empezó la cosa tuya con el hijo del chofer cada vez que juanjosé se iba por dos días aparecía él y salían y que a buscar guayaba sabanera y pasaban fuera medio día y como yo también me iba a cazar pajaritos tampoco me fijaba hasta que una tarde los encontré bajo una mata'e merey sin que se dieran cuenta y yo al principio creí que era un juego pero después entré en razón y yo no sé qué me daba verte con el tipo ese montao encima espaturrándote y tú también apretándolo y beso y beso y yo no soy el único que lo sabe por eso a mí me duele que venga a decir la mamá dél que saliste igualita a mi mamá que era una zorra mi pobre mamá que yo no la conocí pero sé que era buena porque a paíto cada vez que me hablaba de ella se le salían las lágrimas y decía que tenía el pelo como un azabache y que cuando llegaron al taladro todos los hombres tenían que ver con ella y él más de una vez tuvo que insultar a uno porque mi mamá sí que era bonita así barrigona de mí y todo y que llamaba mucho la atención porque no se podía comparar con nadie en lo dulce y trabajadora que era mi mamá que la respetaban eso sí pero que los hombres no se contenían y le echaban bromas y mi papá por eso tuvo que dejar el negocio para no seguir agarrando calenturas de cabeza y en esos díitas fue que me parió y que todo el mundo estaba triste con lágrimas en los ojos después de todo y a la señora arcadia y que se la querían llevar presa pero y que no dejaron porque ella no tuvo ninguna culpa y que más bien hizo mucho con todo lo que ayudó en el parto.

Mano de seda

chori guzmán llegó interesado en todo en sopesar la arena y descubrir si el manteco puede dar más sombra que un chaparro que a cuántos kilómetros de aquí hay robles y araguaneyes que si uno caminara hasta la parte navegable del río cuántas horas tarda que cómo distinguir la tortolita del cristofué y el cristofué de la palomita azul que se posa en los alcornoques que a dónde va el copete colorao cuando fecunda a su hembra y cambia de nido y de dónde viene el arrendajo ceniciento imitando silbidos con sus manchas de tinta azul que por qué no se ahuyentan estos pajaritos con tanto ruido de motor con tanto fuego que quién sembraría esa única ceiba que floreció dos veces con la ayuda del viento y ahora mírenla como se desploma sin nadie que descansa a su lado chori se compromete a dar una mano para arreglar el reverbero de cobre que lleva días sin prender y a los zapatos siempre que haya material chori les echa suela sus manos vistas son hábiles para el manejo de la cuchilla y la aguja roma del remiendo sorprendentes para el dibujo de

follajes a puro escoplo el primer aguamanil fue para enjabonar las mejillas curtidas de la empanadera y no para un americano de chori salieron repisas y sillas los taburetes para el descanso y el listón a montones para asegurar el moriche trabao y hacer menos riesgosos los aposentos la voluntad de chori se prolonga por toda la sabana entre encargos y regalos trabaja el doble de su guardia de medianoche mientras la cuna que tanta curiosidad causó sigue empolvada junto al recuerdo del primer recién nacido muerto de siete meses y fiebre alta de lado y lado al taladro una gallera y la idea de un campito de béisbol llamado boston para apostarnos el sobre y volver a la eterna borrachera sin horas de nostalgia chori bebe y no juega en el patio de gallos que nos compuso entre domingos asoleados se dedica a hablarnos del negocio de la compañía y denunciar las cosas por su nombre qué es eso de andar llamando bebé al americano que le dicen bebé por cariño cuando es el hombre fuerte de la compañía qué es eso de andarse emborrachando con el musiu de la perforación de estar inventando viajes a otras partes donde haya putas y botiquines henry curtis se llama trajo un caporal de confianza un sirviente que nos vigila en nombre de la standard oil qué carajo de plata quién paga los muertos aquí el sobre-tiempo el riesgo qué seguridad nos ofrecen quién sabe lo que están haciendo dice de cuidarnos y coraje contratos y consorcios más o menos aprendemos rápido que no hay ningún espléndido sueldo y si vamos a pasarnos la vida aquí qué esperamos entonces para soltar las manos no hay tiempo de pensarlo qué hacemos sin nada en los bolsillos cuando nos quieran dar la última patada cuando nos salgan a última hora que está bueno por hoy que se retiren que era un ensayo que aquí no hay nada que ahora si quieren a tantos kilómetros de aquí están otros sismógrafos anotando con un sol tan bueno como este para sentirse muerto de cansancio, para tenerlo

hasta en la noche metido en las espaldas sin días diferentes en el año nos decidimos o volvemos al andar de pacotilleros preferible al de un caporal gritando quién alza la voz qué hijo de puta está atrasando la guardia cojan este puñado de billetes y el ron pero digan quién pegó el bloque contra la cornisa y machacó esa vaina que llevamos una semana bajándola pieza por pieza para calentarla quién digan quién o se van todos los de esta guardia quién aisló las válvulas anoche quién dañó la biela quién anda escondido poniendo al tanto a todo el mundo quién rompe las piezas del depósito quiénes están en el complot digan o los cruzamos de guáimaras como al chori guzmán que vino a hablar de sindicatos.

Para nombrar una mujer

ayer estuvo aquí el morenito del periódico, quería que le hablara de la fundación de este pueblo de que si conocí la primera iglesia que hicieron de que si es cierto que antes la misa se daba en la calle de que si llegué sola de que si eso fue en el treinta y tres o en el treinta y cuatro de que si yo era comerciante, tú has visto, qué comerciante voy a ser le dije, tú sabes bien que toda mi vida he sido puta y vine aquí como puta cuando no había mujeres, total, que no quise darle ninguna información y lo despaché, lo mandé para la casa de jeño que le gusta aparecer declarando y diciendo que él fue el primer hombre que puso pie sobre un taladro aquí en oriente y qué caray lo importante es que tú has venido porque quiero hablarte de algo que nunca había tocado pero que a ti te interesa y a mí también, yo sé que siempre has tenido reservas, tus sospechas, y a lo mejor por saber cómo me jodió la muerte del flaco nunca te atreviste a preguntarme nada, te acuerdas de la primera asamblea de obreros que se hizo aquí, bueno, y te acuerdas de aquel coriano que llamaban el

pájaro por lo avispaio que era, uno trigueño él, medio gordo, que se fue de aquí nadie supo cuándo, bueno, te acuerdas, ese fue el famoso negro golindano, ese carajo empezó como mosquito en el zulía y lo mandaron para acá cuando la vaina estaba tomando calor, cuando sospecharon que el flaco definitivamente iba a formar un sindicato, a abrirle conciencia a tanto cristiano jodío que llegó aquí a dejar que le chuparan la sangre, y ese carajo fue el que mató al flaco, él mismo, pero déjame contarte, ya yo tenía cinco años fuera, estaba trabajando en Bolívar, tú sabes, la estrella se llamaba el negocio, en esos días iban a inaugurar unas vainas, carreteras y tal y una gente pesada venía de caracas, hasta un ministro, era un día sábado, serían las cinco de la tarde cuando me levanté, entré al botiquín y estaban en la barra tres tipos, al mirarlos capté que habían llegado con el bululú ese, corte de cepillo, dos de ellos llevaban bigotes, el otro no, al más alto de todos la cara le brillaba, era trigueño, los dientes sucios, marrones y esto aquí atrás, el cogote como un toro, no me hacía falta ninguna otra seña para saber que eran policías, me lo confirmó el bulto del revólver que llevaban al costado, ¡papacito!, me dijo uno, qué te pasa jefe civil, le respondí y los tres riéndose celebraron la vaina, ¡una soda!, le pedí al colombiano de la barra, ¡ahí tienes negro, tetona como a ti te gusta! le dijeron al que no tenía bigotes, el tal negro me llama, yo me acerco, me pone una mano en las nalgas, yo me quedo quieta, el más borracho de todos me dice, no has oído hablar del negro golindano y suelta la risa, y me entra un frío por todo el cuerpo, porque a la vez que me imagino la vaina estoy dándome cuenta que el coriano ese que llamaban el pájaro es el tal negro, más gordo y cambiado, ¡No! le digo, y tú, le pregunto, se ríen el negro y el otro, el borracho entonces me vuelve a decir, ¡ten cuidado entonces, porque el negro golindano ya empezó por agarrarte el culo!, casi se cagan de la risa

los tres, ¡dame un bolívar para la rocola!, le digo, y el negro me da dos pesetas, yo no sé ni qué marqué, estaba asustada, sabiendo la historia del perro de mierda ese y reconociendo que era el coriano quien no se asusta, pero cuando me paré ahí en la rocola, cuando me paré se me vino a la mente el flaco, coño, y me entró un calorcito y una arrechera chiquitica me fue subiendo, me fue subiendo ¡coño!, dije, aquí tengo que enterarme de unas cuantas vainas y me vine de nuevo a la barra, ¡ustedes vinieron con el ministro para lo de mañana!, el negro me responde ¡con ministros y sin ministros siempre venimos!, a este lo pongo a hablar carajo, decía yo entre mí, ¡tome brandy, mi teniente, eso es lo que asienta bien a hombres de la talla de usted!, le dije, ¡déjeme que yo misma se lo sirva! con la cabeza me dijo que sí, pero me lo decía y ya me empujaba para la cama con esos ojos de gato que tenía, eran unos ojos amarillos, yo no sé, era una vaina que metía miedo y me alcé en la barra, el brandy vino pero bien preparado, y ahí le va mi teniente, ¡aquí tiene mi jefe! y hay que bailar, y bailamos, qué carajo, y le gustó al hombre aunque no sabía bailar nada y en la cama lo puse suavcito y yo al baño carajo y me encomiendo al todopoderoso.

por san marcos de león que amansa la draga y el dragón los toros bravos del monte así te pido san marcos de león que amanses el corazón de este hombre que venga a mí san marcos de león delante de ti vengo y tengo el lápiz con que tú escribes y el sagrado poder que tú posees así te pido que humilles ante mí a este hombre que yo pueda doblegar su mente que se confiese ante mí que se entregue que se caiga a mi lado y yo pueda disponer de su vida que se arrastre si quiero que desaparezca y que se pierda dormido para el resto de los siglos de los siglos san marcos de león que tu voz sea mi voz y tu poder el mío.

y lo jalo bien jalao.

¡te acuerdas de Luis González, negro, el sindicalista que llamaban el flaco, el que vino a armar vaina en la petrolera, el que nunca encontraron, el de un mes de septiembre, te acuerdas negro!

y empieza.

«un hombre como yo era el indicado para esas vainas, me mandaron a llamar de Barcelona, fui allá y lo encontré vuelto mierda, ya le habían dado muchos coñazos y después una encerrona sin comida, en un hueco de un metro, donde había que estar encogido, maldiciéndose uno mismo y sin nada con qué matarse porque a las cuevas no se deja meter ningún preso con nada en las manos, es desnudito que van, conforme los trajo dios al mundo, yo tenía cierta compasión porque no sé qué me decía que ese carajo me iba a enmabitar que me iba a pasar alguna vaina si lo peinaba y es que el número veintinueve, yo no sé, es como un presentimiento, con él iba a completar veintinueve trabajos, mes de septiembre, mes nueve, y aquel día del traslado, para más vaina era diecinueve de septiembre, nueves por todas partes, lo pensé bien y me dije qué va, yo ordeno, pero que lo raspe otro, entonces me llevé al chingo y al viejo bermúdez y vámonos, zúmbenlo en el camión, y ahora sí, a matar dos pájaros de un tiro, a la casa de eliseo mata, que a este se las vengo contando desde hace años, y en dos horas de camino, mitad carretera mala, mitad buena, llegamos, y eliseo con la mujer y una indiecita como de quince años que me clavé con ganas y después se la pasaron bermúdez y el chingo, ese chingo cómo gozó esa noche, seguimos caminando hasta la mesa, la noche estaba quieta en aquella sabana cómplice de nosotros, elíseo se nos fue corriendo y hubo que darle sus cuantos coñazos para tranquilizarlo, creo que le partimos el hígado porque quedó vomitando una vaina verde, negra, hasta que perdió el sentido, el flaco ese que tú mientas estaba más muerto que vivo

yo creo de verdad que lo traíamos muerto, total que a enterrar a esos carajos y nos fuimos a un pozo que ya habíamos visto antes no sé si de ahí pensaban sacar agua o petróleo, pero habían empezado a perforarlo y no siguieron, entre el chingo y bermúdez cargaron primero al flaco ese y chupulún, nojoda, más atrás eliseo y listo, al otro día la misma petrolera mandó a rellenar esa vaina, yo como te dije no le puse ni un dedo encima, de esa vaina ya hace seis años y quién adivina, se pudrieron ahí dentro se volvieron petróleo no se llegó a saber nada, nada de nada aparte del informe que entregamos, y no me pasó nada con el nueve, para que veas, lo que me pasó fue que dejé ese trabajito este negocio de que a uno lo estén llamando de una parte a otra para los encargos no es muy bueno, siempre se llegan a filtrar las vainas y uno, quieras o no, tiene familia, completé treinta, a la mitad del tiempo ya me había acostumbrado, del primero al último, Luis González, me acuerdo clarito».

yo recogí mi vestido, mi plata, me pinté la boca, salí de la pieza y dejé al negro golindano sin heridas de arma blanca, sin disparos, sin el coñazo y el miedo que le metieron al flaco, lo dejé con su noche del ministro entre los ojos pegados del techo raso, buscando un lugar dónde escupir su propio cinturón quebrándole en nueve el pescuezo, le hice la cruz a la estrella y dejé Bolívar entre el griterío de sirenas y la furgoneta perdiéndose con el pájaro.

Zona de tolerancia
revisitada

Un contarse a sí mismo¹

Una escritura como la de Benito Yrady en este primer libro suyo, *Zona de tolerancia*², no es soportable sino en textos muy breves, por lo menos para mi apreciación. Yrady pareció entenderlo, y las narraciones de este conjunto, escritas cada una de un trazo, con poca puntuación, párrafos separados, suscitan el sentimiento muy bien expresado por el prologuista, Gustavo Luis Carrera, de «habla consigo mismo». Y es eso. No monólogo interior de introspección sino un «contarse a sí mismo», a veces un contar para alguien que no se sabe si está presente o lo estuvo. No quiero usar los consabidos términos de «realismo mágico», de barroco latinoamericano, de «escritura abierta», porque los rótulos dicen muy poco, sobre todo cuando la reiteración formuladora los ha gastado. Pero me parece fundamental, en estos textos narrativos, la

1 «Lectura contracorriente», *El Nacional*, 2 de marzo de 1980.

2 Benito Yrady, *Zona de tolerancia*. Universidad de los Andes, Mérida, 1978, 65 pp.

escritura, el estilo, vertientes de una misma realidad literaria fundada sobre lo específico, lo propio que es el lenguaje.

Yrady manifiesta un don de lenguaje sorprendente y constituido en función de actividades definidas: la marinería y el trabajo en campos petroleros. Pero ese lenguaje con ser popular, agrario, marino y petrolero, con su terminología y sus giros, habla dentro del habla, no suena —no se lee— como compuesto, como elaborado desde afuera, brota de ese hablarse a sí mismo, de una como memoria hablada, de hechos, cosas, gestos, sucesos, imágenes memorizadas vitaliciamente. Son vivencias, por supuesto, de quien nació en El Tigre en 1951, cuando esa hoy ciudad era un pueblo aún en formación, y vivió en Cumaná, oyendo y viendo a la gente del mar. Cabe señalar que Yrady añade a su actividad de escritor, la de investigador de modalidades populares y folklóricas. De modo que ese trato con la literatura y con la vida produjo orgánicamente una escritura como la suya, mediante la cual cobraba cuerpo y realidad exterior una circunstancia social de mutaciones, luchas sindicales, saboteos, anécdotas de pueblo, trabajo, navegación, represión política, relámpagos eróticos; la temática soslaya el cartel de protesta pero no la realidad, no la escueta violencia de persecuciones y presencia del nor-teamericano, a quien se le atribuye inevitablemente culpas. Ese ambiente lo respiró Yrady, y hubiera sido desleal consigo mismo si no consigna en algunas de sus narraciones corridas, sin partes, una sola parte, una elipsis lingüística que encierra gentes, atmósferas, sucesos, memorias, todo ello suscitado por la escritura, sustentando por ella y no propiamente por la anécdota, por el contenido referencial, esa culpabilidad típica y tópica.

El aparente caos del contar que enlaza oraciones unas con otras como en un tejido abigarrado, de hilos gruesos y delgados, cortos y largos, de todos los colores, constituye

un modo —un estilo— y, en definitiva, textura de un desarrollo narrativo coherente, de unos fragmentos temporales que sugieren un todo, episodios que totalizan un suceso, tomas aparentemente dispersas, pero que conforman una realidad social y anímica, en un lugar dado, en un tiempo determinado. Ese tiempo incluye el de la infancia, porque no es uno de los menores méritos de este trabajo narrativo de acentuada invención personal, esa virtud de recuerdo antes señalada, las sugerencias de *haber visto*, *haber oído*, o *haber vivido* lo contado, en pretérito. Por eso hay vahos de ternura, vagas presencias de niños que descubren las insospechadas cosas de la vida en un suceder ininterrumpido, como en el sueño que no separa acontecimientos, actores, y hasta lo convierte a uno en varios.

Distingo en particular el texto de «Plaza mayor», un cuento de mar alucinante que mezcla tiempos y situaciones en un *crescendo* lingüístico que arrastra al lector hacia lo fantástico, la ruptura de argumento, de cronología, de personajes, torbellino que culmina con la muerte o con la imaginación de la muerte, y «Para nombrar una mujer», recuento de una prostituta que recuerda el monólogo del sabueso borracho, asesino de un líder sindical, por cuenta de la represión. Al final, ella sigue siendo puta y nada más: «tú sabes bien que toda mi vida he sido puta, y vine aquí como puta cuando no había mujeres...». El asesino se confesó y ahora:

yo recogí mi vestido, mi plata, me pinté la boca, salí de la pieza y dejé al negro Golindano sin heridas de arma blanca, sin disparos, sin el coñazo y el miedo que le metieron al flaco, lo dejé con su noche del ministro entre los ojos pegados del techo raso, buscando un lugar donde escupir su propio cinturón quebrándole en nueve el pescuezo, le hice la cruz a la estrella y dejé

Bolívar entre el griterío de sirenas y la furgoneta perdiéndose
con el pájaro.

JUAN LISCANO

Zona de tolerancia o los fantasmas del petróleo¹

Entonces fue el reventón y «sentimos desgranarse medio campo con una fuerza por la tierra abierta revolviendo arena, aire y gas y truenos» y ese chorro negro y hermoso llamado *mene* brotó como salvación o como imán del demonio y los hombres abandonaron costas y mares y vinieron con su esperanza a multiplicar taladros, cabrias y cansancios y fue que las noches perdieron sus secretos y sus silencios en aquellas sabanas donde la poética pirotecnia del petróleo empezó a competir con el lejano esplendor celestial y la soledad huyó espantada por los primeros ladridos de los primeros perros y llegaron las mujeres alegres para compartir borracheras y caricias en «El hijo de la noche» todo brindado por el estallido, por el entusiasmo del petróleo que trajo sus rompehuelgas

cuando la vaina estaba tomando calor, cuando sospecharon que el flaco definitivamente iba a formar un sindicato, a abrirle

1 Papel Literario, *El Nacional*, Caracas, 20 de agosto de 1978.

conciencia a tanto cristiano jodío que llegó aquí para que le chuparan la sangre, y ese carajo (el negro Golindano) fue el que mató al flaco

todo en el marco histórico del mítico Juan Vicente Gómez y el «¡sácalapatalajá!» y estudiantes para Palenque. Estamos retomando las palabras de Benito Yrady que son memoria o duendes del petróleo para repetir allá quedó la isla y quedaron El Cóndor y la Cristóbal Colón; son recuerdos de tempestades y naufragios y contrabandos, recuerdos de viajes a Tucupita, que si el maíz, que si la madera, viajes a La Guaira, viajes a Maracaibo, las ánimas del petróleo en los cuentos de Yrady porque son historias que se entrecruzan digamos allá el mar y acá los campos petroleros pero el allá y el acá sólidamente unidos como testigos de una misma circunstancia (un cigarro encendido derriba el cielo y nos sumerge en la salivancia del petróleo).

Y no es que el autor centre su mundo narrativo en una estricta búsqueda de avances literarios, en una visión nostálgica e incuestionable del petróleo; también están las palabras —no a manera de tesis, no a manera de postulado ideológico— que comprometen el contenido de todos los cuentos: «digan o los cruzamos de guáimaros como al chori guzmán que vino a hablar de sindicatos» o «la cuestión del sindicato juanjose se metió ahí desde que empezaron a botar trabajadores» y «no se gana nada aquí y quién va a reclamá si aquí manda la compañía».

Sí: el petróleo y el juego nocturno de la infidelidad; el petróleo y las noches preñadas de vómitos y de recuerdos porteños; pero también el petróleo y el estudiante muerto, tan muerto que «el aire se puso amargo de tanta puntería sobre su cuerpo tendido junto a la casa de lona». Decimos que no es la historia azucarada, que no es la historia inve-

rosímil; son los duendes del petróleo denunciando desde la memoria, desde los testimonios y la nigromancia.

Con enunciados coloquiales, Benito Yrady hace fluir del pasado todas esas palabras, todas esas instancias feéricas y sólitas que giran en torno al petróleo. Todo el lenguaje de *Zona de tolerancia*² viene desde el mismo interior de los personajes, que diría Tzvetan Todorov «la visión ‘con’». Es un lenguaje en espiral. Lenguaje coligado, congruente, absuelto de firuletes, apartado de fórmulas verbales, ceñido a un movimiento progresivo e integrador.

Un discurso total, polivalente, permite a Yrady hilvanar o tejer todo el cuerpo textual mediante la alternancia o el contrapuntismo de los referentes narrativos cuyo actante principal es el petróleo. Tal es la nitidez de los segmentos discursivos, tal es la cohesión de modos y aspectos, que hasta sus escuetas descripciones resultan exactas e imprescindibles. Aquí recordamos a Flaubert: «no hay en mi libro ninguna descripción aislada, gratuita; todas sirven a mis personajes y tienen una influencia lejana o inmediata sobre la acción». Lo mismo puede reiterar Benito Yrady puesto que su nivel de descripción es sobrio y está ajustado al paralelismo de la historia. Su elíptico manejo del lenguaje es prueba indubitable de cierta madurez, de cierta claridad frente a las peripecias, frente a ese esotérico azogue de la palabra y así, con interpolaciones breves, logra el vaso comunicante, el hilo consanguíneo de texto a texto y consigue una sólida unidad interna en todo el libro.

Digamos que es un lenguaje limpio, afinado, con un registro homogéneo de los elementos narrativos que entran sincrónicamente en el fluir de la memoria, en el fluir del argumento.

2 Benito Yrady, *Zona de tolerancia* (Prólogo de Gustavo Luis Carrera), colección La Tuna de Oro, Universidad de los Andes, Mérida, 1978.

Es un fluir espontáneo, veloz, pero sujeto a los códigos de la literariedad, como ocurre en el texto «Zona nigromántica»:

aquí se llega después de enlazar carga con todas las estrellas de la noche remontando el orinoco entre silbatos y sacudidas de retiro metiéndose uno por el caño pedernales hasta encontrarse con la boca del tigre sitio domesticado limpio de ciénagas en una corriente particular que empuja directo al costado del llano sin advertir señas en la orilla próxima de estaciones petroleras hierro colado y ruedas que se muerden bajo la mirada odiosa de americanos allanando mesa con las trampas de acero que armé hasta hundir mi cuerpo en la prisión de estas muletas.

Si hay algo de lo cual se cuida severamente Benito Yrady, es de no permitir que su lenguaje caiga en malabarismos insulsos, en cabriolas triviales. Yrady narra con seguridad; no titubea en el instante de saltar de un tiempo a otro, y sépase que el salto es dado en la memoria. Y es que la narración cruzada no está en *Zona de tolerancia* como un aditamento puramente técnico, como un simple juego textual; está ahí como faceta esencial de todas las historias. Por ejemplo: el hombre que está en los campos petroleros vive encadenado a sus recuerdos de la isla, a su evocación de viajes y detalles, y Benito recurre a esa fusión del tiempo del discurso con el tiempo de la historia para poder llegar a la justa identidad del petróleo.

Repetimos: Benito Yrady domina el lenguaje coloquial, como el Orlando Araujo de *Compañero de viaje* y el Armas Alfonso de *El osario de Dios*. Cada palabra suya concurre al engranaje de la estructura narrativa, como testigo, como confidente, como testimonio irrefutable. No hay referentes traídos así a la fuerza. Es como dice Armando José Sequera: «son historias que se cuentan solas». Por otra parte, consi-

deramos admirable esa arquitectura polifónica, esa pulsación musical que Benito Yrady consigue darle a su narratividad.

CHEVIGE GUAYKE

Zona de tolerancia y el inicio de un escritor¹

Zona de tolerancia (1978) es el primer libro de relatos publicado por Benito Yrady. Como cualquier texto de iniciado, la aproximación al mismo genera una serie de expectativas en el lector. Siempre existe la duda acerca de qué será lo que propone el autor o si, simplemente, el libro constituye un mecanismo para incorporarse no al mundo de la escritura sino al recinto sagrado de los escritores.

Evidentemente, cuando se progresa en la lectura de los doce textos que integran *Zona de tolerancia* el lector va descubriendo una serie de indicios que le permiten establecer hipótesis acerca de lo que representa el libro como totalidad y en lo atinente a la responsabilidad del escritor en cuanto a la posibilidad de asumir su propio riesgo. En efecto, cualquier acto de escritura, aun aquel que a simple vista aparenta ser elemental, implica un riesgo. Y como un círculo vicioso, el efecto del riesgo puede ser el de provocar una actitud de

1 *Diario de Oriente*, 9 de diciembre de 1979.

abandono (particularmente cuando el texto no es lo suficientemente autónomo como para diferenciarse de los patrones creativos establecidos); en tal caso, lo que se propone no deja de ser un objeto más, que por acumulación pasa a formar parte de las categorías textuales que le han antecedido. Otras veces, y esto sucede particularmente cuando se asume responsabilidades ante el acto de la escritura, el riesgo se correlaciona con una ruptura y, en consecuencia, se erige como una innovación o, por lo menos, sugiere criterios para que dicha innovación ocurra.

Pero si se pasa del plano teórico al nivel concreto, ¿cómo podríamos definir el riesgo asumido por Yrady, reflejado, indudablemente, en *Zona de tolerancia*? En lo que respecta al autor, lo primero que sorprende a quien se acerca a su escritura es la madurez y responsabilidad en cuanto a lo que propone. Aun el lector más ingenuo y el menos informado descubre que en Yrady, la escritura y la elaboración del relato es una acción consciente y vital y, en consecuencia, trascendente. En cuanto al texto, *Zona de tolerancia* es un libro que establece rupturas en comparación con las formas tradicionales a que estamos acostumbrados en la narrativa venezolana.

En un primer nivel, el encuentro con este libro genera en el lector una serie de aspectos diferenciales que atañen tanto al contenido como a la disposición arquitectónica y estructural de los materiales y el uso particular del lenguaje. La ruptura inicial de lo establecido emerge a partir de la dinámica formal subyacente en el relato. En la mayor parte de ellos no existe el esquema tradicional mediante el cual la ficción se desarrolla con base en una historia concreta con un argumento, una tensión y una resolución de la tensión a través de un desenlace. La narración, cuando ella existe, se presenta más bien como captaciones o evocaciones instantá-

neas de una conciencia que pueden aludir a un detalle espacial, a un momento particular de un actante o a la simple retrospectión que sintetiza y expone el núcleo de una situación existencial. Esta separación entre la forma tradicional y la estructura textual predominante en *Zona de tolerancia* involucra al receptor en una actitud diferente hacia la lectura y la evaluación del texto.

En relación con lo anterior, en *Zona de tolerancia* existen discursos que quedan fuera de la clasificación de lo que se considera un cuento o un relato. En muchos casos lo único que asigna carácter de escritura de ficción es la presencia de un emisor quien mediante el lenguaje expone, instantáneamente, como un fulminante cuadro de una proyección cinematográfica, detalladas secuencias de un contexto o de una experiencia. Así, por ejemplo en escritos breves como «Zona nigromántica» y «Zona sur», lo importante es un espacio y un lenguaje metafórico alimentado en la descripción o la relación entre los componentes lingüísticos.

En otra dimensión del análisis, *Zona de tolerancia* tiende a eliminar las acciones como componentes básicos de la narración. Se trata más bien de una serie de secuencias discursivas en las que un narrador se expresa, a través de un extenso soliloquio y de un monólogo que revelan una conciencia vigilante, en un continuo ir y venir, que está girando siempre sobre sí misma. En otros casos (como en «Okey boy», por ejemplo) la escritura se revierte no en una expresión consciente sino en una especie de descripción y enumeración de detalles que sugieren la presencia de observadores pasivos quienes simplemente contemplan o disfrutan de las conductas del personaje, presentado con un tono jocoso y a la vez cargado de ironía.

En los relatos mejor estructurados, y particularmente en «Para nombrar una mujer» (quizás el más sólido en cuanto

a construcción y lenguaje), el discurso procede por medio de una continuidad, la cual está presente en todo el desarrollo del texto. Esta categoría de relatos establece discrepancias con aquellos que se centran en la presentación retrospectiva, en una introspección rigurosa en la que el relator se traslada a diversos planos temporales y espaciales (como en el texto «Cleto de Dios») que confluyen en una exposición de experiencias por simultaneidad o paralelismo.

En *Zona de tolerancia* cabe destacar el carácter desigual de los textos en lo atinente a su extensión (algunos revelan realmente una impresionante capacidad de síntesis), y en lo que respecta a su estructura y dimensión poética. Realmente, en un texto como «Tarantín», impresiona su profundidad poética y su capacidad para combinar lo real (la historia de Amín) con lo ficticio (el sueño que es común a todos los habitantes del pueblo).

No obstante la desigualdad, *Zona de tolerancia* funciona como una especie de *leitmotiv* en lo atinente a sus contenidos sociales. Presenta como una constante una forma de vida imbricada en el medio rural y signada por el petróleo, la explotación, el taladro, o la región oriental, con todas las consecuentes interrelaciones humanas que de ello se derivan. Quizás un análisis más extenso y profundo debería enfatizar en estos aspectos resaltantes del libro, así como también en la imagen de un padre que aparece como un modelo o como un estereotipo.

En síntesis, *Zona de tolerancia* revela un futuro escritor con plena conciencia del riesgo que implica su oficio y que, posiblemente, se constituye en uno de los valores más consistentes para producir cambios en las tendencias que actualmente caracterizan la narrativa venezolana.

ARMANDO NAVARRO

Benito Yrady¹

Entre los nuevos nombres de la literatura venezolana se cuenta el de Benito Yrady —nacido en El Tigre, estado Anzoátegui, en 1951—. En este joven escritor se han entrecruzado siempre tres actividades: el periodismo, la promoción cultural y el oficio creador. En el primer campo ha sido fundador de suplementos literarios —como los de los diarios *Antorcha* y *Provincia*—, así como director de la revista de la Universidad de Oriente. En el segundo terreno ha sido intensa su actividad como animador cultural —especialmente desde el Centro de Actividades Literarias de la UDO—. Como inventor de ficciones perteneció al Taller de Narrativa del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg). Yrady es también autor de dos

1 *El Nacional*, sección Literatura, Caracas, sábado 13 de setiembre de 1980.

libros: *Zona de tolerancia*² y de la selección *Jóvenes narradores de Anzoátegui, Sucre y Nueva Esparta*³.

Yrady es un hombre del este del país. Siempre ha residido en el Oriente. De allí que en su experiencia de escritor estén siempre presentes la Mesa de Guanipa —en la que vio la luz—, el mar, la tierra firme, el archipiélago de islitas, el río cercano.

No es que seamos deterministas. No es que creamos que la geografía explica los escritos de algunos hombres de letras. Pero conocemos la íntima relación del hombre y el medio en el cual se desenvuelve. No son, no pueden ser iguales la experiencia del hombre de la tierra caliente que el de la montaña andina, ni las vivencias del caraqueño urbano —quien ha vivido entre su montaña tutelar y el ponto—. De allí que en la cosmovisión de Yrady esté presente la inmensidad del llano de agua salada —como él lo denomina (p. 23)—, y cuanto ha sucedido en la seca tierra conmovida por los taladros.

No sabemos si todos hemos reparado en lo que para el hombre ha significado siempre la revelación del mar. Este ha sido un hecho conmovedor dentro de la experiencia humana. Jenofonte nos cuenta en la *Anábasis* el grito que profirieron sus soldados —cuatrocientos un año antes del nacimiento de Jesús— cuando se encontraron frente a lo que para ellos —hombres helenos— significó toparse otra vez con el piélago. Por ello gritaron al unísono: «¡Talasa! ¡Talasa!»⁴. Y es precisa-

2 Benito Yrady, *Zona de tolerancia* (prólogo de Gustavo Luis Carrera). Universidad de los Andes, Mérida, 1978, 65 pp.

3 Benito Yrady (compilador), *Jóvenes narradores de Anzoátegui, Sucre y Nueva Esparta*, Fundarte, Caracas, 1979, 120 pp.

4 Ver Kaldone G. Nweihed, *La vigencia del mar*, tomo I, Ed. Equinoccio, Caracas, 1973, pp. 19-32.

mente en la inmensidad azul del Caribe donde se desarrollan algunas de las historias de *Zona de tolerancia*.

Pero cerca del mar —en la tierra que recuerda otro chillido: el de Rodrigo de Triana—, en el suelo brotó un líquido que hizo trepidar el terreno. Fue un manar que trajo tanto «don como daño» (Anibal R. Martínez); que creó la «pobre rica Venezuela» (J.P. Pérez Alfonzo); quien engendró el país de «suelo rico y gente pobre» (Arturo Uslar Pietri); la del «Estado multimillonario y un pueblo empobrecido» (Guillermo Morón), de donde este joven narrador ha sacado los elementos para crear sus ficciones. Con creadores como Yrady —quienes no se interesan por el dato documental, sino por la vividura que ha creado el oro negro— toma cuerpo una literatura que es expresión de esa realidad.

Para expresar lo que lleva por dentro Yrady ha tomado un camino arduo, el sendero espinoso del arte de concentrar la prosa. Y esto lo realiza ofreciéndonos cuentos breves —a veces brevísimos, de solo algunas líneas como «Zona nigromántica», «Zona sur» u «Okey boy»—. Este tipo de relato mínimo exige de su inventor un seguro dominio de su instrumento expresivo. Yrady —a pesar de que no llega aún a la treintena— sabe lo que tiene entre manos y es así como nos entrega universos verbales coherentes.

En *Zona de tolerancia* Yrady escribe sin comas, casi siempre sin puntuación, utilizando la técnica de la enumeración caótica. Según la definición de Leo Spitzer⁵ se trata de una forma de acercar

violentemente unas a otras las cosas más dispares, lo más caótico, lo más exótico y lo más familiar, lo gigantesco y lo

5 Leo Spitzer, *Lingüística e historia literaria*, Editorial Gredos, Madrid, 1968, p. 258.

minúsculo, la naturaleza y los productos de la civilización humana, como un niño que estuviera hojeando el catálogo de una gran tienda.

Es esta forma que toma cuerpo —en la literatura moderna— en Whitman (por ejemplo en «A woman waits for me» o en *Song of Myself*) la que logra un especial desarrollo dentro de la literatura de la lengua castellana (especialmente en Salinas y en Neruda). Es esta una manera de presentar la realidad de la cual se vale Yrady con seguridad. Pero su arte de contar tiene mucho que ver también con todo aquello que se sobreentiende, con lo que no se dice, con lo que se sabe y no hay que mencionarlo y esto es lo que llama Gustavo Luis Carrera «el realismo elíptico» en el prólogo. Valiéndose de este medio Yrady nos refiere una realidad determinada —por ejemplo, casi nunca utiliza la palabra petróleo ni sinónimos, sino derivados de la realidad que la palabra anuncia—. Este medio le sirve para no caer en el lugar común, ni en lo falso, ni en lo accesorio, ni en el somnoliento discurso.

En manos de Yrady —ya lo hemos afirmado— la palabra toma su sendero preciso, exacto. A veces este escritor es coloquial, en otras se dirige a un interlocutor que puede existir o no. Pero a todo lo largo hay una voz que se expresa verbalmente o mediante gestos. Por momentos estamos ante acontecimientos intensos —como podría ser «Para nombrar una mujer»—, en otros son situaciones dramáticas sin comentario alguno —que sobraría—, como es el caso de «Okey boy», «Tarantín» o «La casa de lona». Otros instantes el personaje se alza con humano coraje en medio del dolor, como en «Había fabricado también una escalera para subirse a las estrellas».

Zona de tolerancia la ficción del petróleo¹

En el panorama de la narrativa venezolana actual, Benito Yrady encarna una línea de creación claramente definida. Un intento de ubicar a Yrady con relación a..., es imposible, por cuanto si habremos de establecer relaciones, serán las que el narrador establece entre él y su lenguaje, entre las rasgadas internas y las aventuras de sus seres, objetos de su narración. El narrador ha desechado radicalmente el descriptivismo que caracterizaba la literatura del petróleo. Y desde el comienzo de esta *Zona de tolerancia*² nos sumerge en la voz de la tierra; una escritura articulada dentro de los hervores de sus protagonistas va a zurcir acciones que dicen de la tragedia del hombre del petróleo, cuando este producto comenzaba a

1 Diario *El Siglo 21*, Cumaná, 20 de agosto de 1978.

2 Publicación de Talleres Gráficos de La Universidad de los Andes, colección La Tuna de Oro, Mérida, 1978.

esparcir su estigma de maledicencia por el ámbito de nuestro territorio.

Entonces importa poco dónde se dan las acciones: solo basta la lucidez del narrador de entrar a la médula accional de unos hombres nacidos para decir su tragedia. Y el narrador no pretende interpretar la realidad petrolera; de lo contrario, podría devenir su escritura en vulgar documento sociologista. El autor transforma lo medular-anecdótico por una visión interiorizada de esa realidad. Y en su «Zona nigromántica», primer relato de este libro, vemos cómo un hombre aprisionado en sus muletas nos define el camino de la llegada: enlazando carga con todas las estrellas de la noche. En el remontar del Orinoco llegaron los hombres y pasaron a ser especie de figurines de la geografía metálica, instaurada en nuestros campos petroleros. El espacio de la narración coincide entonces con el espacio mismo dentro del cual se asiste al ejercicio de la existencia en las zonas petroleras. Pero esa existencia no viene abigarrada de expresionistas texturas, viene casi al natural y pareciera que las acciones apenas sí las roza un narrador, con su don de ordenamiento. Estos relatos de Benito Yrady son participaciones activas y efectivas, esencial y vital de un universo que sirvió como primeras escenas al autor en la principal etapa de su vida.

Zona de tolerancia es el principal agente entre la voz de los hombre que lidiaron con nuestra inicial industria petrolera y la narrativa. Solo que es una especie de intermediario muy importante, ya que parte de un adentramiento del universo íntimo que bulle en esos hombres. Y no cabe duda que la ficción enaltece estos relatos, puesto que les da veracidad a unas versiones que, expresadas en su simple rasgo anecdótico, no tendrían valor. Y aquí nos viene a la mente la cita del poeta Abz-Ul-Agrib: «literatura es contar la realidad de manera increíble». Sí. La ficción de Yrady es un

cuento contado en forma increíble. Cleto deja constancia de esa irrealidad de la realidad de la explotación petrolera. La forma escritural está sustancialmente asociada a esos movimientos vitales de lo maravilloso colectivo. Su voz se desdobra en otra que nos cuenta sin describirnos, todo el universo de personajes constitutivos del realismo ficcional del petróleo. Y al retomar la voz de Cleto, nos cercioramos de la autenticidad de unas voces que cuentan sus tragedias. Pero la voz de Yrady no se yuxtapone a la de los protagonistas; si hay algo de personal en estas narraciones, es el clima, el escozor que se urde en la comprensión total de estos relatos. Cleto piensa en su propia voz; y en el rubricar el final del relato «Cleto de Dios», el protagonista lanza un «ojalá», que da razón de su sapiencia y lucidez.

Sin duda lo más asombroso de este libro es el recurso imaginario. Pero esa imaginación se zurce de la piel de la tierra, de lo raigal. Y la tierra va a ser el hecho más ficcionado; va a hablar, va a participar como protagonista; su imagen de enferma, llena de lepra, con suelo truncado, define a esa «tierra» como un personaje esencial en la aprensión de ese mundo vertido a la narrativa en forma magistral.

Y dentro del marco ficcional de estos relatos, el tiempo va a llevar una acción vital: se enrevesa en la imaginación del narrador y nos transporta a distintas situaciones, en donde la clepsidra temporal va a tener una acción tímida. Ya lo decía Luis Britto García: «El tiempo es cuestión de creer»; se refiere al tiempo disecado en los relojes, especie de cementerios del decurso histórico. «Plaza mayor» nos emplaza a tomar decisiones en torno al tiempo. El protagonista de este relato llega en una picó y por obra y gracia de su imaginación nos lleva a los momentos en que embarcó en Pampatar la Cristóbal Colón para ir a parar a las minas de yeso en Macuro; pero otro tiempo se mezcla, el del

Tirano Aguirre, y el de una barca fantasma que recorría el mar. Y concluye en el recuerdo del calor que despedía el cuerpo del padre, ya muerto*.

Celso Medina

* Nota: El presente trabajo fue leído por el autor en la presentación de *Zona de tolerancia*, realizada con motivo de la apertura del taller literario José María Millá de la Rosa.

Una carta de Augusto Roa Bastos

Toulouse, 07 de noviembre de 1981¹

Benito Irady
Cumaná

Querido amigo:

Apenas llegado de regreso a esta ciudad tranquila y hermosa pero a la que de seguro no llegaré nunca a acostumbrarme, te escribo estas líneas que te arriman, una vez más, mi gratitud, la de Iris y la de nuestro pequeño Francisco por tus hermanales atenciones que hicieron doblemente amables nuestra estancia en Cumaná y harán inolvidables esos momentos de nuestro encuentro, la gratificación no frecuente de una amistad como la tuya llena de delicadeza, discreción y franqueza. Le agradeceré siempre a Rafael que haya sido el oportuno mediador de este encuentro.

Tus cuentos me acompañaron durante el viaje. Dura en mí, persiste en mi emoción y razón el fuerte impacto de esos

1 Comunicación enviada por Augusto Roa Bastos a Yrady.

relatos que surgen como lava incandescente del fondo de tu alma, de una experiencia vivida al rojo vivo; de esa escritura llena de verberaciones y espejismos en que la realidad delira en un constante trémolo alucinatorio; de esa escritura despojada, desollada en carne viva, convertida en pura nervadura, en la condensación extrema de la palabra que hace olvidar la palabra y la sustituye por otro lenguaje que se lee, o mejor *que se ve* como escarificaciones sobre la piel del sufrimiento humano. Un lenguaje, una experiencia simbólica que en nada se parecen a los que habitualmente suelen descender a estos infiernos para rescatar lo que el hombre tiene de invencible e irreductible. Su amor también, por supuesto. Su ternura. Su capacidad de entrega, de sacrificio. Me alegro mucho de que haya podido leer tus historias luego del viaje en cierto modo turístico, inevitablemente sensible al resplandor del mar y de la tierra cumanesa, al oscuro enigma de su gente. A través de tus cuentos, hacia atrás, hacia lo hondo, el viaje iniciático por «las aguas del delirio», el descenso hacia este particular modo de infierno que esconde no la geología sino los subsuelos de los condenados de la tierra.

En tu *Zona de tolerancia* no hay tolerancias para la debilidad ni la autocompasión. Es una puesta en causa y en juicio a sus lectores que solo salen de allí en libertad condicional. Hay sí un llamado secreto que golpea en lo vivo de uno y le hace mirar de frente, fijamente, eso que llamamos destino y que no es sino lo que ocurre a los condenados a cadena perpetua mientras los poderosos de la tierra sean dueños de esos eslabones «matizados de antigua sangre».

Este año trabajaré con tu libro en mi seminario. Me da la prueba de mi vieja y casi obsedida tesis: la de que en el restringido cielo de los autores de repertorio hay gente como tú que da a lo que llamamos literatura su verdadera dignidad y la dignidad de su verdad.

Pedí a Mirta te enviara copia del texto íntegro de mi ponencia sobre «El texto cautivo». Ese trabajo hecho al apuro, pero apoyado en antiguas convicciones sobre la situación real de la literatura en nuestra América, te dirá en detalle lo que es inútil agregar aquí sobre lo que tú, como yo y como tantos, conocemos sobre la suerte de los desconocidos y marginados de nuestras letras. Adelante, Benito; que no se te herrumbren el pulso, la voluntad, esa innata pasión que te lleva no a convertir la realidad en palabras sino en hacer que la palabra sea real.

Un abrazo fraternal,

Augusto

*Zona de tolerancia*¹

Benito Yrady, nacido en El Tigre en 1951, ha dedicado unos cuantos años a una interesante labor de promoción cultural. En Cumaná, como funcionario de la Universidad de Oriente, ha sido siempre muy activo en las tareas de divulgación, clarificación y estímulo del hecho cultural, insoslable en una universidad que aspire a ser algo más que cuatro paredes donde se fabrican profesionales. Pero al mismo tiempo, Yrady persiste, en medio del ajetreo que le impone su responsabilidad laboral, en su propio trabajo creador, con talento y amor, con sensibilidad y pasión, pero también con disciplina. Pese a su juventud, sabe que ya pasaron los tiempos en que la creación estética se nutría solamente de emociones y sentimientos, y operaba nada más que como impulso de una inspiración más que todo intuitiva. Hoy todo eso vale. Pero hace falta algo más, y jóvenes como Benito Yrady demuestran que el trabajo constante, la disciplina, el

1 «Cuenta de libros», *El Nacional*, Caracas, 2 de mayo de 1979.

rigor crítico y autocrítico, no solo no están reñidos con el genio artístico, sino que, más bien, lo apuntalan, lo encauzan y lo iluminan.

Yrady fue de los más entusiastas y colaboradores de Manuel Puig, en el Taller de Narración Literaria que este realizó en Cumaná el año pasado, con el patrocinio de la UDO. Fue un trabajo excelente, fructífero, en que Puig puso lo mejor de sí en la conducción de un valioso grupo de jóvenes que se adentraban en los vericuetos de la narración literaria. Pero para ese entonces ya Yrady poseía alguna experiencia, lo cual seguramente le hizo más asimilable y fecundo el contacto con Puig, hoy por hoy uno de los maestros de la nueva narrativa hispanoamericana.

Este libro contiene doce trabajos. Son textos breves, que navegan con soltura y donaire entre las aguas cruzadas de la narración y la poesía. No es posible una ubicación precisa en una u otra. Ni hace falta. Lo narrativo está presente en la creación de climas, en la construcción de atmósferas que, siendo a veces funambulescas, mantienen sin embargo su férrea ligazón con la realidad, en que unos personajes actúan de modo tal que muestran nítidamente su encarnadura, su valentía psicológica, su rotunda entidad moral. Lo poético, sin dejar de estar también en aquello se da abundosa en el lenguaje, a veces reconstrucción de lenguajes reales, populares; a veces lenguaje creado íntegramente por el autor. En ambos casos, el libro exhibe una riqueza extraordinaria.

Siempre nos ha preocupado el hecho de que, no obstante hacerse en Venezuela, sobre todo entre los jóvenes, buena literatura narrativa, es poco lo que se observa en cuanto a aliento innovador. Con demasiada frecuencia nuestros jóvenes se conforman con escribir al estilo de los grandes, muchas veces con todo éxito. Se produce, así, una buena narrativa, pero demasiado subsidiaria de la de otros lugares.

En Yrady, a juzgar por este libro, único suyo del que tengamos conocimiento, pareciera hallarse ese propósito renovador, ese deseo de trillar un camino propio y distinto, sin renunciar a los contactos y las relaciones, pero sin servilismo imitativo. Por eso mismo nos permitimos llamar su atención sobre el uso, que puede resultar excesivo, del ya nada novedoso truco de suprimir los signos de puntuación para lograr un efecto de fluencia, de desbordamiento, que en su caso se logra con indudable acierto. Lo riesgoso reside en que tal expediente resulta, hoy por hoy, demasiado fácil. Y aun en casos absolutamente triunfales, como el suyo, tiende a hacerse monótono para el lector.

ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ

Benito Yrady¹

El Congreso de Directores de Cultura de las Universidades Nacionales celebrado en Cumaná, consagró uno de sus últimos actos a agradecer la brillante acción de Benito Yrady en favor de la cultura popular del oriente. Ya se sabe que Benito no solamente mantuvo vivas las Comparsas Cumaná, alentadas durante el tiempo en que nos tocó dirigir la extensión universitaria en aquella década de los duros comienzos de esa casa de educación superior, sino que —hablamos del mismo Benito— rescató, mediante técnicas modernas de video, muchos otros elementos de las tradiciones propias de la región.

Ese trabajo de investigación, realizado aun con escasez de medios que Benito no contraría, ha llevado al equipo suyo desde una llamada Unidad de Folklore hasta sitios de las vertientes del Monte Turimiquire casi inaccesibles, que es condición que ha preservado sin duda auténticas

1 *El Nacional*, Caracas, sábado 2 de diciembre de 1989.

manifestaciones de un alma colectiva no siempre favorecida con el estímulo estatal. Para ello Benito husmea donde perece una comparsa, una mojianga, donde se extingue una vieja canción de un negro esclavo, pocas veces oída y preservada, donde se apagan las últimas notas de una bandola y de un cuatro todavía con resina de magias ancestrales, donde se guarecen los postreros vestigios de una venezolanidad sustantivamente auténtica. La conciencia de la precariedad de ese patrimonio apura la acción del empecinado Benito Yrady, ya advertido de que, como nos lo filosofara ese cantor apasionante que es Villafranca, el cumanaense, «casa de la muerte semos». Lo expresó este cultor de las mejores tradiciones del sur de Cumaná entre las berberías de Quinta Tobía, cuando hace ya veinticinco años nos propusimos devolverle al pueblo, ante las banderas de la Universidad de Oriente (UDO), un rostro que sostuviera con dignidad las etnias del indio, el derecho de las masas a su expresión soberana. Fue cuando se gritó que se venía del pueblo y hacia el pueblo se iba.

Benito Yrady apenas coronaba la primera edad de la adolescencia, forjado en recios metales dentro de una sociedad como la de El Tigre, ese bastión pugnaz de pobreza irreducta, violencia inhumana y caos municipal. De entre los escombros de viejo cinc sustraído a las compañías, de ahí de esas falsas murallas de tablas rotas y precarios árboles zajados, halló este tigrense de menos de medio siglo de edad, que es el tiempo de sobrevivencia de la capital del distrito Simón Rodríguez, el argumento crucial de su narrativa, de su obra de escritor. Paradoja curiosa por cierto esto de que a Benito se le conozca primordialmente por su trabajo a favor de la cultura popular de nuestro oriente, por ese casi contumaz amor suyo por las voces de tanta resonancia de tierra

y multitud. En esta hora suya del reconocimiento que se le hace hasta ganarse la admiración de un sector de la educación del país, habrá que reivindicar aquel libro de cuidada edición de la Universidad de los Andes, *Zona de tolerancia*, que es como el comienzo de la gran historia de un pueblo de barro negro y deslumbramiento e iluminaciones. Habrá que volver, señores, al brillante escritor retraído.

Hemos de confesar nuestra sorpresa de que a Benito Yrady, siempre puesto de lado por alguna insolencia inútil, al fin se le da un lugar alto ya ganado por él, además, ya propiedad suya, entre la representación de la Universidad de Oriente. No lo vemos sino entre la tumultuosa corriente de los grupos menos favorecidos, buscándole el pulso a una razón de nación.

Esa noche de su homenaje le sobraron las palabras de quienes convienen que tantos otros hombre como él vendrían a ser indispensables en cada entidad regional. A Benito en cambio le faltaron las suyas para responder, y en esto aflora la timidez más bien dada al quehacer silencioso.

Nadie faltó a la cita, ni tú, estimado Rodrigo Riera, con quien habríamos querido conversar, tú dentro de tu ríspido terrón, este otro en un lugar de salobres vientos. Benito con el llanto entre los ojos, y todos de pie adhiriendo aquella celebración.

ALFREDO ARMAS ALFONZO

Índice

Prólogo a la primera edición GUSTAVO LUIS CARRERA	7
Aquella tarde en la escritura de Benito Yrady LUIS ALBERTO CRESPO	13
Zona nigromántica	21
Cleto de Dios	23
Zona sur	29
Plaza mayor	31
Nada para el dolor	37
Había fabricado también una escalera para subirse a las estrellas	41

Okey boy	45
Tarantín	47
La casa de lona	51
A mengua	53
Mano de seda	55
Para nombrar una mujer	59
Zona de tolerancia revisitada	
Un contarse a sí mismo JUAN LISCANO	67
<i>Zona de tolerancia</i> o los fantasmas del petróleo CHEVIGE GUAYKE	71
<i>Zona de tolerancia</i> y el inicio de un escritor ARMANDO NAVARRO	77
Benito Yrady R.J. LOVERA DE SOLA	81
<i>Zona de tolerancia</i> la ficción del petróleo CELSO MEDINA	85

Carta a Benito Yrady	89
AUGUSTO ROA BASTOS	
<i>Zona de tolerancia</i>	93
ALEXIS MÁRQUEZ RODRÍGUEZ	
Benito Yrady	97
ALFREDO ARMAS ALFONZO	

Zona de tolerancia

se imprimió en octubre de 2019 en los talleres de la

FUNDACIÓN IMPRENTA DE LA CULTURA

Miranda, Venezuela.

Son 5000 ejemplares.



• Colección CONTINENTES •

Una imagen nos define en el mundo: los venezolanos vamos por la vida montados no en una alfombra sino sobre barriles de una sustancia aceitosa bautizada por algunos como «oro negro» y por otros como «excremento del diablo». Desinflada la fantasía, no nos apena constatar que acerca del petróleo lo ignoramos todo, o casi todo. Las guerras terminales que se avistan y presentan ya en el horizonte de este siglo XXI se hacen y se harán en su nombre.

Benito Yrady esboza en *Zona de tolerancia* un magnífico retrato, poético y terrible, de los contrastes en las condiciones de vida que desde su comienzo genera y ahonda entre nosotros la explotación petrolera. Publicados inicialmente en 1978, estos relatos no pierden vigencia, y sus personajes insisten en hablarnos casi tanto como nosotros insistimos en no escucharlos.

BENITO IRADY (Yrady, en sus cuentos) (El Tigre, estado Anzoátegui, 1951). Narrador, periodista, investigador, documentalista. Los libros *Zona de tolerancia* (Talleres gráficos de la Universidad de los Andes, 1978) y *Fabulaciones* (Imprenta de la Universidad Central de Venezuela, 1990) dan a conocer su obra narrativa. Ha obtenido trece premios literarios, incluido el Premio Nacional de Cuento Breve 1987. Desde 1969 ha ejercido la gerencia cultural en distintos campos, destacando el estudio de las tradiciones populares. Actualmente preside la Fundación Centro de la Diversidad Cultural y representa al Estado venezolano ante la Unesco.



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA